

ALGUNAS NOTAS SOBRE NUESTRO

Aurelio Fernández Sánchez

Aurelio Fernández Fuentes



1958 durante un día de campo familiar en Valsequillo. Aparecen, de pie Violeta Fernández Saavedra y Aurelio Fernández Sánchez. Asomándose por la ventanilla trasera, Aurelio Fernández Fuentes.

Fotografía de portada: Abelardo Fernández Saavedra

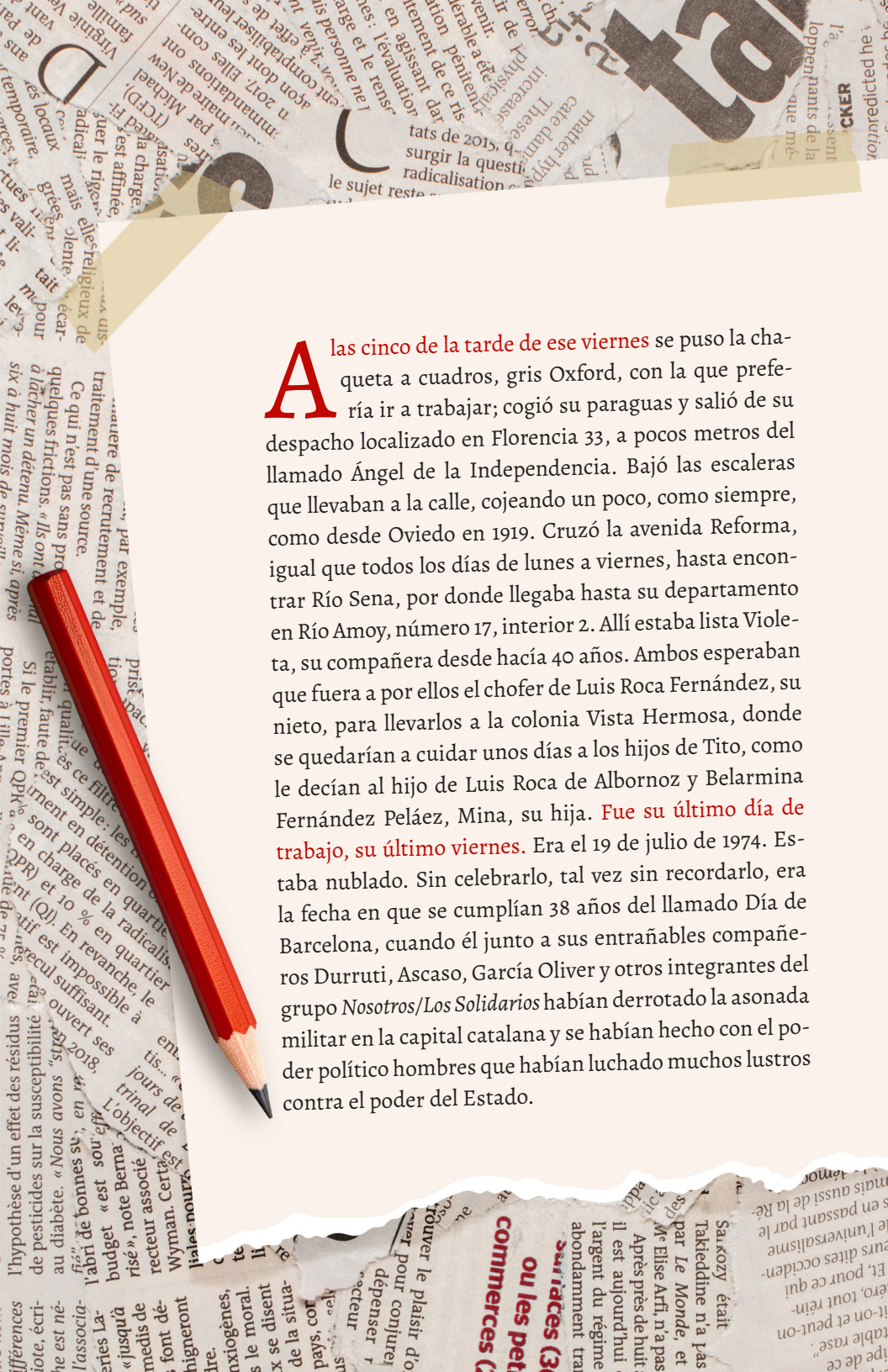
Xilotzingo, Puebla, 21 de junio de 2024

@Aurelio Fernández y Fuentes

Diseño editorial: Ingrid López Guajardo

Para comentarios y consultas, escribir a: solidariosafs@gmail.com

A las cinco de la tarde de ese viernes se puso la chaqueta a cuadros, gris Oxford, con la que prefería ir a trabajar; cogió su paraguas y salió de su despacho localizado en Florencia 33, a pocos metros del llamado Ángel de la Independencia. Bajó las escaleras que llevaban a la calle, cojeando un poco, como siempre, como desde Oviedo en 1919. Cruzó la avenida Reforma, igual que todos los días de lunes a viernes, hasta encontrar Río Sena, por donde llegaba hasta su departamento en Río Amoy, número 17, interior 2. Allí estaba lista Violeta, su compañera desde hacía 40 años. Ambos esperaban que fuera a por ellos el chofer de Luis Roca Fernández, su nieto, para llevarlos a la colonia Vista Hermosa, donde se quedarían a cuidar unos días a los hijos de Tito, como le decían al hijo de Luis Roca de Albornozy Belarmina Fernández Peláez, Mina, su hija. **Fue su último día de trabajo, su último viernes.** Era el 19 de julio de 1974. Estaba nublado. Sin celebrarlo, tal vez sin recordarlo, era la fecha en que se cumplían 38 años del llamado Día de Barcelona, cuando él junto a sus entrañables compañeros Durruti, Ascaso, García Oliver y otros integrantes del grupo Nosotros/Los Solidarios habían derrotado la asonada militar en la capital catalana y se habían hecho con el poder político hombres que habían luchado muchos lustros contra el poder del Estado.



Voy a escribir unas notas sobre Aurelio Fernández Sánchez con motivo de los 50 años de su deceso, lo que ocurrió la mañana del 21 de julio de 1974. Creo que por eso puede llamarse un texto de urgencia, para recordar a un hombre que más allá de ser parte de la historia de una familia, es un personaje de la historia de España, de la eclosión de proletariado auténtico en la lucha por la transformación revolucionaria de España y del mundo y del choque de los ideales con la realidad. Un personaje que ha sido citado en cientos de publicaciones y más incomprendido y denostado que justipreciado.

Yo, además, tengo con él una relación ineludible porque me llamo así en homenaje y agradecimiento a él. Nací en México por intercesión suya y de mi tía Violeta —con la que me unía la consanguinidad, no con Aurelio—, pero, además, me acompañó en mi infancia y adolescencia, pues viví con él episodios decisivos de la historia del país, como el del Movimiento Estudiantil mexicano de 1968 o el Halconazo del 10 de junio de 1971, cuando yo habitaba en casa de ellos —durmiendo en el sofá porque solo tenían una pequeña habitación en su departamento— y chambeaba como empleado de un banco por la mañana, trabajo que me consiguió él, mientras estudiaba por la tarde en la Escuela Nacional de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México. Sin duda, lo más relevante de mi vida con Aurelio Fernández Sánchez, el *Cojo* o el *Jerez*, lo constituyen las conversaciones que tuvimos durante largas caminatas por la colonia Cuauhtémoc de la ciudad de México, así como los muchos viajes a Puebla y las reuniones que hicimos con entrañables amigos entre enero de 1971 y julio de 1974.

Conservo el deseo y la voluntad de escribir ampliamente un libro desde mis vivencias con él y desde las investigaciones que pueda realizar —tardías, porque tengo 73 años y sigo con dos empleos—, pero con este texto que aquí ofrezco quiero dejar testimonio de los puntos más significativos que deseo contar y comprometerme conmigo mismo a seguir investigando la vida de este hombre extraordinario con el que tuve la dicha y compartí la pasión de vivir. No pretendo competir contra el libro de Manel Aisa Pàmols *Tras las*

huellas de una vida generosa. Aurelio Fernández Sánchez y Los Solidarios, ni con los aportes biográficos de Abel Paz, gran amigo de mi tío, porque en ellos encontramos no solo el hilo conductor de la biografía del asturiano, sino una enorme cantidad de narraciones específicas acerca de su vida, su entorno y los momentos más intensos. Únicamente quiero complementarlos con una visión adicional de la vida de Aurelio Fernández Sánchez, aportando datos que a mí me hizo saber o que yo viví en persona.

Desde este momento quiero dejar constancia de mi agradecimiento a Manel, por el impulso que su obra y su amistad ejercieron sobre mí; a Oriol Malló, Iván Menéndez Fernández y Sebastián Gatti, por animarme, fustigarme cuando fue necesario, y revisar este escrito. A Juan Aurelio Fernández Meza, por alojar en mi bibliografía treinta títulos que pueden contribuir a estas historias, aunque es tarea pendiente.

Un día del año 2012 fui a la sede del *Ateneu Enciclopèdic Popular*, cuando estaba en el *Passeig de Sant Joan*, dirigido y animado por el propio Manel, en busca de datos para un libro que hice sobre mi bisabuelo, *Saavedra Un anarquismo* (Fondo de Cultura Económica, 2021). Él pedía a los usuarios que anotaran su nombre a la entrada. Me sugirió un libro muy bueno para la tarea que yo estaba llevando a cabo, y luego de un rato pidió a los asistentes que hiciéramos una pausa para tomar una cerveza que él mismo nos dio, y de sopetón me dijo:

—Ya tengo hecha la mitad de la biografía de Aurelio.

—¿Fernández Sánchez? —pregunté.

—¿Qué es de ti?

—Mi tío.

En ese momento empezó una relación de identidad ideológica, amistad y ayuda mutua que ha sido incombustible. Lo único que no he logrado es que ponga en sus escritos que no soy nieto de Aurelio, sino su sobrino. Pero es lo de menos. En este texto estamos reunidos otra vez.

OVIEDO

Hay varias versiones sobre el año de su nacimiento. Él nunca fue muy claro al respecto; ni su mujer, mi tía Violeta, estaba segura de en qué año había nacido... Pero cuando esto escribo (2024) tengo en mi poder una partida de nacimiento emitida por el departamento de Registros Civiles del Ministerio de Justicia de España, en la que se dice que “a las once de la mañana del día cuatro de octubre de mil ochocientos noventa y siete... comparecieron don Manuel Fernández Álvarez, de Lugones... Oviedo, de estado casado, profesión labrador... quien solicitó que se inscribiera en el Registro Civil... a un niño que nació en la casa paterna el día 29 del mes pasado, a las tres de la mañana. Que es hijo legítimo del declarante y de doña Joaquina Sánchez Menéndez, natural de Lugones... Y que al expresado niño se le puso el nombre de AURELIO”. 29 de septiembre de 1897. Sea.

Esta pareja tuvo 19 hijos y el señor padre llevaba el acostumbrado mote que por aquel entonces se usaba en los pueblos de España, y en su caso era “el Jerez”, tal vez por su afición a esa bebida espirituosa. El mote lo heredaron la esposa, la “Juaca Jerez” le decían, el propio Aurelio y quizá todos los descendientes directos del matrimonio.

El *tíu*, como se dice en Asturias, se formó desde muy chaval en el oficio de mecánico ajustador. Hay una foto que lo comprueba.

Foto recuperada del original, correspondiente a la Escuela de Artes y oficios de Oviedo, Asturias, en las primeras décadas del siglo XX. Aurelio Fernández es quien aparece sentado al centro, con su mano derecha en lo que parece una boina. Se formó como mecánico ajustador.



Manel Aisa data el inicio de la participación militante de Aurelio Fernández Sánchez en la gran huelga general revolucionaria que estalló en España el año 1917. No tengo información en sentido opuesto. Lo que sé, por boca de nuestro biografiado, es que en 1919 se encontraba preso en la cárcel de Oviedo, procesado por haber sido objetor de conciencia, tras negarse a ingresar al ejército que por entonces libraba una guerra colonial en África.

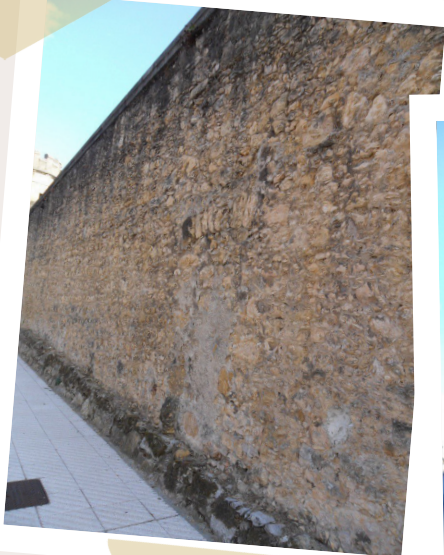
—Tito (como le decimos los hispanoparlantes a los tíos, fuera de Asturias), ¿por qué cojeas? —le pregunté un domingo mientras paseábamos por la calle de Río Lerma, en la Ciudad de México, después de comer. Siempre tenía que reducir la velocidad de mi marcha cuando iba con él.

Fue cuando me narró la fuga de la prisión de Oviedo:

—Me descolgué de la tapia de la cárcel y al pie de ella había un saliente con el que me topé. Enseguida sentí que me había fracturado el tobillo, pero aun así me fui caminando como pude para escapar. No me atendí nunca la fractura, no tenía forma de hacerlo en esas condiciones, así se soldó el hueso.

En el año 2012 conocí a un sobrino-bisnieto de Aurelio, Iván Menéndez Fernández, quien me encontró por internet. Él había nacido el 31 de mayo de 1971, diez días antes de la represión de los Halcones en la Ribera de San Cosme, cuando estos grupos de choque asesinaron a decenas de compañeros nuestros y yo pude salvarme y llegar a casa de mis tíos después de haber fracasado con absurdos intentos de detener la masacre. Nació diez días antes de que yo volviera a nacer, como gusta decir mi compañero Ernesto Campaña, otro sobreviviente de aquel episodio.

Ese mismo año nos reunimos con nuestras familias en Oviedo. Mientras nuestras compañeras paseaban por la capital asturiana con nuestros hijos, Iván y yo fuimos a visitar lo que hoy es el Archivo Histórico de Asturias. Estaba cerrado porque era domingo. Cuando me dijo Iván que ese edificio había sido la Cárcel Correccional de Oviedo y vi el muro perimetral y la banqueta que lo soporta. Me vino de repente un golpe de memoria y me acordé de aquella plática con mi tío y me emocioné imaginando cómo había alcanzado la parte alta de la tapia desde dentro, cómo se había descolgado, de qué manera había caído y de qué forma logró desplazarse tanto tiempo sin ser atendido por alguien.



Antigua Cárcel Correccional de Oviedo, actualmente es el Archivo Histórico de Asturias. Tratamos de ilustrar la altura del muro y la banqueta que los soporta, con una saliente que presumiblemente fue con la que se encontró Aurelio al descolgarse del muro.

No puedo más que pensar que ese tipo de experiencias forjaron su carácter y demuestran el nivel de compromiso y pasión que tuvieron hombres como él, capaces de proyectar su vida y su obra en la historia de España y, quizás también, en la del mundo.

Le solicité a Iván que me escribiera un texto que expresara su encuentro con quien fuera mi mentor. Aquí reproduzco su escrito sin cambio alguno, agradeciéndole mucho lo que en él describe.

Desde mi más tierna infancia, criado en una familia que aún sufría las consecuencias del genocidio, del exilio y del ostracismo, percibí la figura del tío Aurelio como un ente alejado del que se sabía apenas nada. Las historias que circulaban de boca en boca, entre hermanas y primas, siempre en voz baja, entrelazaban datos históricos con recuerdos familiares y leyendas que se iban forjando en la tradición oral. Así, se sabía que había participado en el asalto al Banco de España antes de la guerra, algo que había sido muy sonado, que había ocupado cargos de relevancia en la CNT, incluso a nivel estatal, que había nacido a las afueras de Oviedo, en La Corredoria, en el seno de una familia de las de principios del siglo XX, con diecinueve hermanos más otros dos que nacieron muertos, paridos todos por la Juaca “Jerez”, quien extendió su apelativo a toda la familia. Uno de aquellos hermanos era Juan, mi bisabuelo parrandero y juerguista, que trabajó en la fábrica de armas de Oviedo, y fue padre de José, quien por ello era sobrino de Aurelio y acabó siendo abuelo mío, aunque nunca me conoció.

Poco sabíamos del tío, apenas alguna anécdota aislada, como que lo persiguieron a tiros cuando escapó de la cárcel de Oviedo, en la que había estado preso siendo muy joven y que se tuvo que tirar al río Nora para salvar su vida, aunque no sabía nadar y estaba cojo. Se decía que había ocupado cargos de relevancia en Cataluña cuando la guerra, que había formado parte de la Generalitat o que había sido ministro en México, eso no estaba muy claro. Lo que sí se daba por cierto era que había tenido que exiliarse para salvar su vida, como tantos otros.

De Violeta, su mujer, porque en los años 70 aún no estaba extendido el uso del término compañera, guardaba un recuerdo muy grato mi tía Lolina. Mientras la Luftwaffe bombardeaba Barcelona en 1938 la compañera, que además era maestra, ayudaba a mi abuela en la subsistencia y en el cuidado de sus cuatro hijos, que vivían en refugios de desplazados y Lolina, que era la mayor y de aquella tendría unos quince años, siempre mantuvo vivos muy buenos recuerdos de la mujer de Aurelio. Por eso, cuan-

do dio a luz a una hija, ya en la República Federal de Alemania y alcanzados los años 60 del siglo XX, la llamó Violeta, en recuerdo de aquella maestra con la que ya nunca volvió a tener contacto después de la retirada, a pesar de ser parientes.

Con el paso de los años me fui tomando como un hobby la recopilación de datos relativos a aquella familia de locos, que es la mía, repleta de personajes que creían en la revolución, que renegaban de los curas y que terminaron exterminados y así, aún hoy voy encontrando medio parientes en Barcelona, en México y en Oviedo, recopilando historias de algunos otros hermanos de Aurelio, como Milio y su hijo Milín, de los que lo último que se sabe es que estaban a la cola para coger armas en el cuartel de Santa Clara en Oviedo, el 19 de julio de 1936 cuando fueron tiroteados por los militares, en lo que fue el primer episodio de la sublevación en mi ciudad. Al parecer salieron vivos de allí y pudieron contar lo que había pasado, pero desconozco cualquier noticia posterior. También me suena Luna, que en los papeles figuraba como Leonardo y al parecer era muy célebre. Otro de los hermanos, Ángel, era ferroviario y de los pocos que no se metió en política, pero con la llegada del nuevo régimen sufrió un consejo de guerra, por el solo hecho de ser hermano de Aurelio, y salió absuelto pese a haberse defendido sin abogado.

Y luego está Ferino, que era mecánico de coches y aparece en los folletines del diario El Noroeste como uno de los colaboradores de El Jerez en el asalto al Banco de España del 1 de septiembre de 1923, el que conducía el coche que utilizaron para darse a la fuga, el que estaba fuera del edificio dando la parpayuela con una moza mientras el grupo, liderado por Aurelio y Durruti expropiaba un dinero que no pertenecía a quienes lo custodiaban.

Con la llegada de internet, y antes de las redes sociales, conocí a un sobrino suyo, residente en Puebla, un tipo que deslumbra por su clarividencia y bonhomía. Un tipo interesante que convierte cada encuentro en inolvidable, y que me llevó a co-

nocer también al nieto de Ferino y a algún personaje más de los que pululan alrededor de la figura de Aurelio. Considerado por la propaganda franquista como uno de los malos oficiales de la resistencia, tuve ocasión de encontrar en Rennes documentación que nunca publicaron los prestigiosos historiadores independientes que se acercaron a la figura del tío, aprovechando unas vacaciones familiares para investigar.

En definitiva, ya pasados cincuenta años de su muerte, echo en falta no haber conocido al menos a Violeta, quien vivió hasta 2005, y tengo todavía dudas pendientes de despejar y lugares que visitar, documentación que examinar y traducir y contrastar, en ésta labor de permanente descubrimiento de nuestro pasado familiar más cercano.

Ya queda poco más que hacer que intentar rellenar los huecos que dejan los recuerdos, tarea que cada vez se complica más, pues quienes los atesoran van muriendo con el paso de los años. Quedan los archivos, que siempre tienen alguna sorpresa, quedan los libros ya publicados, entre los que me veo en la necesidad de mencionar el insoslayable El eco de los pasos y Tras las huellas de una vida generosa y queda la obligación de no entregar al olvido las peripecias vitales de tantas personas que centraron su existencia en intentar realizar unos ideales de progreso, de libertad, de justicia, de convivencia y de equidad. Olvidarlos sería una segunda derrota que no podemos consentir los nietos de los obreros que no pudieron matar.

Salud.

EN BARCELONA RECALA

Aurelio llega a Barcelona, junto con otros compañeros, un día antes del atentado contra Ángel Pestaña en Manresa, ocurrido el 24 de agosto de 1922, del que salió vivo, afortunadamente; fue uno de los más destacados militantes de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT). En realidad, los que llegaron con Fernández Sánchez se sumaron a la intensa dinámica social que los anarquistas impulsaban en Cataluña y arribaron junto a muchos compañeros, tanto de Aragón como del norte de España, entre los cuales destacaron, años después, los camaradas que formaron el grupo *Los Justicieros*, con Buenaventura Durruti a la cabeza, quienes se juntaron con los que hacían la revista *Crisol*. El nombre de *Los Solidarios* surgió de una discusión de varios días en casa de Domingo Ascaso, en la calle de San Jerónimo, del distrito V de Barcelona, conocido hoy en día como el Raval y antes como Barrio Chino, donde vivían hacinados en pisos insalubres miles de obreros llegados de toda España.

Manel Aisa nos cuenta que después de una larga discusión sobre la propuesta de Ángel Pestaña, se fundó el grupo anarquista *Los Solidarios* que tenía como órgano de expresión una revista que llevaba por título *Crisol*... A estas reuniones asistieron, además de Aurelio Fernández, Eusebio Brau, Liberto Callejas, (Marco Floro), Marcelino Manuel del Campo, Buenaventura Durruti, Juan García Oliver, Miguel García Vivancos, Emilio Abadía del Rusto, Francisco Ascaso Abadía, Alfonso Miguel Martorell, Ricardo Sanz García, Gregorio Suberviola Baigorri, Rafael Torres Escartín y Antonio el Toto.

No cabe duda de que la presencia en Barcelona de mi tío Aurelio significó el más importante cambio en su vida. A su llegada ya había enviudado de Leonor Peláez, con quien procreó dos hijas: Leonor y Belarmina Fernández Peláez. Ambas se quedaron a vivir en Oviedo, tal vez con la abuela y con una familia numerosa. De esa información no tenemos datos. Poco tiempo después se une a María Luisa Tejedor, también asturiana, quien llegó a ser considerada parte del grupo *Los Solidarios*. Con ella vivió en unión de hecho hasta llegar la Segunda República, cuando ella falleció.



Ricardo Sanz y Aurelio Fernández Sánchez, presumiblemente en Barcelona.

En 1923 se crea el comité de coordinación de la Confederación Nacional de Trabajo de Barcelona, y se nombra a Aurelio Fernández Sánchez y a Ricardo Sanz para coordinar a los grupos de afinidad. Se reunían periódicamente en el Bar *La Tranquilidad*. El 23 de febrero de 1923 crean el Comité de Coordinación de los Grupos de Defensa Confederales, encomendado a los mencionados Fernández y Sanz.

Ese 1923 Aurelio y Durruti marcharon a Madrid convocados por el grupo *Vía Libre*, pero no se hizo la reunión. En cambio, la policía detuvo durante unos días a Durruti. A su regreso, se propusieron organizar el Comité Nacional de Relaciones Anarquistas e hicieron la convocatoria con varias reuniones en Montjuic. Este organismo sería el antecedente más importante de la Federación Anarquista Ibérica (FAI), creada en 1927.

Iván Menéndez Fernández recupera para este escrito que a principios del Siglo XX, el anarquismo era la tendencia que predominaba entre la clase trabajadora española, siendo la CNT la principal organización laica que existía.

Algunos estudios plantean, nos dice, que en un momento dado la CNT llegó a tener dos millones de afiliados —en 1931, digo yo—, mientras la población total del país era de 30 millones. Si esto hubiera sido así, la organización ácrata habría representado el 6.67 por ciento de la población total. El empuje proletario era tremendo, sin duda y más allá de estos datos.

Recordemos que la fuerza de trabajo de entonces era indispensable en número abundante y aún excedentario para las necesidades del capital. Quizá hoy, con el desarrollo de la maquinización y desplazamiento de trabajadores de las fábricas y otros centros de trabajo en favor del uso de los instrumentos propios del desarrollo de las fuerzas productivas, cada vez menos demandantes de trabajadores, es difícil imaginar la magnitud de los contingentes obreros en el mundo entero que entonces existían. Pero así fue.

Una de las tareas que más preocupaban a *Los Solidarios* las constituían las acciones armadas para defenderse de los pistoleros y para acabar con quienes los patrocinaban: el jefe superior de policía de Barcelona, el general Miguel Arlegui, el gobernador civil de la provincia, el general Severiano Martínez Anido, así como el cardenal Soldevila, patrocinador de sicarios e influyente personaje de la iglesia católica, e incluso el propio rey de España, Alfonso XIII.

—Compañeros muy valiosos morían por las balas de los pistoleros de los capitalistas, la iglesia católica y el Estado, y los que los financiaban estaban tan tranquilos. Determinamos que había que ir sobre ellos.

Así le dijo Aurelio Fernández Sánchez al que esto escribe.

A propuesta de Ángel Pestaña, un grupo se desplaza a San Sebastián para eliminar a uno de los grandes represores del movimiento obrero, Severiano Martínez Anido, donde sabían que ese criminal se había refugiado. Ascaso, Torres Escartín y Aurelio viajan de inmediato a Donostia para atentar contra él por su nefasta actividad al frente del gobierno civil de Barcelona. Tenían muy presente la tristemente célebre Ley de Fugas, aplicada con sumo fervor por Severiano Martínez Anido y por Miguel Arlegui, el jefe de la policía, ejecución parapolicial que consistía en asesinar por la espalda a los detenidos tras fingir que huían de una detención. Sin embargo, no pudieron cumplir con la misión de ultimar al carnicero de Barcelona; se dijo que hubo algún chivatazo que le permitió huir.

Como la prensa informó por esos días que lo habían enviado como gobernador a La Coruña, *Los Solidarios* se desplazaron a ese puerto gallego tras él. Sin embargo, ya sea por saber a qué iban o por su aspecto, la policía los detiene acusándolos de tráfico de drogas; no pueden probarles nada y los ponen en libertad. Los tres acuerdan volver a Barcelona y, al evaluar las posibilidades de acabar con la vida de Martínez Anido, determinan que no sería posible. Aurelio concuerda con ellos, pero Torres Escartín y Francisco Ascaso deciden detenerse en Zaragoza para atentar contra el cardenal Juan Soldevila Romero, que era también uno de los objetivos de *Los Solidarios* por su abierto patrocinio de los pistoleros que asesinaban luchadores obreros tanto en Zaragoza como en Barcelona.

En el portal *Libre pensamiento Papeles de reflexión y debate*, Ana Muiña recupera sus análisis sobre esta época. Nos recuerda que

En 1919, la CNT tiene 800.000 afiliados (medio millón en Cataluña). La UGT también crece con 160.000 militantes. El Estado y el Gobierno persiguen violentamente a la CNT después de la huelga revolucionaria de la Canadiense. Los empresarios, aunque previamente estaban organizados, crean para la ocasión la Federación Patronal Española, quien organiza y financia el Sindicato Libre (Unión de Sindicatos Libres), el pistolero patronal, dirigido por Bravo Portillo. Cuentan con el apoyo económico de la Iglesia. El cardenal arzobispo de Zaragoza, Juan Soldevila Romero, con los beneficios que obtenía a través de un entramado empresarial de casinos y hoteles, subvencionaba e instigaba a los matones. Se estrenan con premura en el terrorismo de Estado. Bajo las órdenes del Sindicato Libre, compuesto por esquirols, rompeshuelgas y gente de baja estofa, armados con pistolas y gozando de total impunidad gubernamental, casi 600 sindicalistas fueron cayendo abatidos por las balas o reventados a golpes. Sembraban el terror: en Barcelona y sus alrededores, sólo en 1921 fueron asesinados 311 sindicalistas, 61 en el siguiente año y 117 militantes en 1923. El fascismo español y sus métodos criminales se originaron en 1919. Los jóvenes pistoleros del Sindicato Libre serán los futuros falangistas de la década de 1930". (Extraído de "Rebeldes periféricas del siglo XIX", Ana Muiña, La linterna sorda, 2008 y 2021).

El 4 de junio de ese 1923, decidieron actuar contra el cardenal Soldevila, quien iba acompañado, en ese momento, por uno que se dijo era sobrino suyo y el

propio chofer. Mataron de inmediato al cardenal frente a la Escuela Asilo de San Pablo e hirieron a los otros dos. Lo que recuperó Abel Paz en el texto que aquí utilizamos es que fueron dos hombres los agresores: Francisco Ascaso y Torres Escartín. Sobre la participación de Aurelio este historiador no dice nada. En cambio, Juan García Oliver en *El eco de mis pasos* asegura que sí intervino en el atentado.

A mí, Aurelio Fernández Sánchez me describió este episodio con detalles muy particulares. Por ejemplo, que, para detener el auto en el que iba el cardenal “a un internado de señoritas, en el que se decía que abusaba de ellas y hasta se bañaban en una tina con lecha de burra”, le lanzaron delante una bomba de mano —“bomba FAI”, le llamarían años después— con la que detuvieron el auto.

—¿Estuviste ahí en ese momento, tío? —le pregunté.

—No, sólo Ascaso y Escartín —me dijo.

Sea, pues.

Ya en Barcelona, el 7 y 8 de agosto, integrantes del grupo asaltaron la Fonda de Francia y la empresa Arrendataria de Contribuciones de Barcelona. El producto expropiado en estos actos no resultaba suficiente para alcanzar los planes que ellos tenían. Es así como *Los Solidarios* deciden, a propuesta del asturiano Aurelio Fernández, realizar un atraco al Banco de España localizado en la calle del Instituto, en Gijón. El objetivo era conseguir dinero suficiente para auxiliar a todos los presos y, en particular, a los encerrados por el caso del atentado al cardenal Juan Soldevila en Zaragoza, en especial a Francisco Ascaso. Aunque también buscaban recursos para hacerse de armas, como luego se vio.

El asalto a ese banco en Gijón se produjo el 1 de septiembre de 1923. Lograron un botín de 573 mil pesetas, según una de las versiones. En el atraco estuvieron al lado de Aurelio Fernández, Adolfo Ballano, Eusebio Brau, Ceferino Fernández Sánchez (hermano de Aurelio), Miguel García Vivancos, Gregorio Suberviola, Torres Escartín y Durruti. Luego de conseguir el dinero producto del espectacular atraco, el grupo se divide para encargarse de diferentes tareas. Una delación permite a la policía llegar al escondite donde estaban Du-

rruti, Brau, Suberviola y Torres Escartín, en Colloto, a las afueras de Oviedo. Se produce un tiroteo que dura varias horas. Durruti y Suberviola rompen el cerco, Brau es abatido por las balas de la policía y Torres Escartín es sometido por la policía y encarcelado; lo trasladan a Zaragoza y lo acusan de la muerte del cardenal Soldevila, con una sentencia de cadena perpetua. Luego, lo regresan a Oviedo por lo del asalto al banco y recibe otra pena de cadena perpetua.

Abel Paz nos cuenta la versión de que García Vivancos y Aurelio Fernández se separaron para encargarse de la mayor parte del dinero, que, acorde con esta fuente, eran de unas 650 mil pesetas, dirigiéndose luego a Éibar para comprar las armas ya convenidas —mil fusiles— que luego llegarían a los integrantes de la CNT para enfrentar a los pistoleros y a las fuerzas armadas de la monarquía española. Se dice que este robo constituye el monto más grande sustraído a un banco en España, en toda su historia. Al parecer, algunos guías de turistas en Asturias y otras partes del reino, presumen que este banco nunca fue asaltado...

LA DICTADURA DE PRIMO DE RIVERA

El 13 de septiembre de 1923 se consumó la dictadura de Miguel Primo de Rivera, que duró hasta el 28 de enero de 1930, un total de 8 años, y fue el preludio a la proclamación de la Segunda República, el 14 de abril de 1931. Los anarquistas siguieron actuando sin freno, a pesar de la fuerte y creciente represión. Era mucha fuerza acumulada e integral la que tenían. La resistencia que desplegaron los hizo más fuertes, a pesar de la represión en las cárceles, los ataques armados de policías y pistoleros, así como los diferentes impedimentos para llevar a cabo sus movilizaciones y el exilio que debieron sufrir muchos compañeros.

Alfonso XIII, ese monarca que nunca pudo ser ultimado por los anarquistas a pesar de varios infructuosos intentos, quiso imitar a Víctor Manuel III y colocar su propio Mussolini en la jefatura de gobierno. Tal y como sucedió en Italia, el personaje designó como equivalente al Duce, el general jerezano Miguel Primo de Rivera. Sin embargo, éste actuará más por su cuenta que obedeciendo las directrices del rey. En su proclama, el militar manifestaba su decisión de acabar con el terrorismo, con la propaganda comunista, con la agitación separatista y hasta con la inflación de precios. Lo de siempre.

Mientras la Unión General de Trabajadores y el Partido Socialista llamaron a pactar con la dictadura, los anarquistas, siguiendo las propuestas de *Los Solidarios*, convocaron a una huelga general para combatirla, procedimiento que no prosperó. Calculaban, acertadamente, que la represión en su contra se desataría en poco tiempo. Muchos tuvieron que emigrar a Francia para evitar ser detenidos o asesinados, y desde París organizaron la contraofensiva. Dentro de España, el penúltimo día de 1923 se realizó el pleno nacional de la CNT para levantar una organización clandestina en todo el país.

Tal como lo suponían, la represión se desató con toda la fuerza y los recursos del Estado. La dictadura lanzó una ofensiva brutal: deshicieron el primer gobierno descentralizado de varias provincias, la Mancomunidad catalana; asesinaron al solidario Gregorio Suberviela a las puertas de su casa, igual que

a Marcelino del Campo; mientras que allanaron la casa de Aurelio Fernández, donde también estaba su hermano Ceferino y Adolfo Ballano. La policía esposó a los tres, pero, cuenta Paz que se descuidaron y Aurelio aprovechó el momento para dar un empujón a su hermano. Entorpecidos los policías por los movimientos de Ceferino y Adolfo, pudo escapar el solidario por los vericuetos de calles que formaban el Barrio Chino de Barcelona. La evasión fue larga y tortuosa pero finalmente pudo llegar a París.

El 9 de noviembre de 1923 Francisco Ascaso, Francisco Asensio y Joaquín Belsa. se fugan de la cárcel de Zaragoza, con todo y dictadura. Ascaso logra llegar a Barcelona y se encuentra con Durruti; es entonces que ambos deciden salir inmediatamente hacia París para escapar de la encarnizada persecución.

REENCUENTRO EN PARÍS

A la capital francesa llegaron refugiados españoles de todas las ideologías. Además de anarquistas, socialistas, republicanos y otras organizaciones opositoras a la dictadura, se encontraban personalidades muy relevantes de la intelectualidad española como Miguel de Unamuno, Vicente Blasco Ibáñez u Ortega y Gasset, entre otros.

Liberto Callejas asegura —dice Manel— que era frecuente que los anarquistas tertuliaran con Miguel de Unamuno, Blasco Ibáñez, Carlos Esplá, José Ortega y Gasset, y, sobre todo, con el coronel Francesc Macià, connotado separatista y futuro presidente de la Generalitat catalana (1931-1933), quien despotricaba, sin parar contra la dictadura de Miguel Primo de Rivera.

Los Solidarios también se habían reagrupado en París: Gregorio Jover, Juan Riego, Ricardo Sanz, Aurelio Fernández, Juan García Oliver, Buenaventura Durruti, Francisco Ascaso, Felipe Sandoval y otros. Ellos planeaban sin descanso todas las formas de derrocar la dictadura de Primo de Rivera. Sin embargo, todos los intentos fracasaron, con importantes pérdidas de compañeros, muertos o encarcelados, así que el exilio tuvo que continuar.

Ante la imposibilidad de derrocar el régimen de excepción, Durruti y Ascaso deciden emprender lo que fue la mítica aventura americana emprendida a fines de 1924. Nueva York, Cuba, México, Chile y Argentina fueron sus lugares de acción. Este episodio merece, por sí mismo, un libro aparte y constituye, aún hoy en día, una de las mayores leyendas de este grupo ácrata.

LA AVENTURA AMERICANA, EN CORTO

Durruti y Ascaso pasaron por Nueva York poco tiempo y enseguida se fueron a Cuba; aunque su meta principal era Argentina. Recalaron en el puerto de La Habana y la policía empezó a perseguirlos, luego de algunas acciones realizadas en la capital cubana, lo que provocó que se trasladaran al centro de la isla, cerca de Cruces, donde coincidieron con una huelga de cañeros. Los finqueros, amparados por la fuerza pública y sus propios guardias blancas, reprimieron salvajemente la huelga, humillando y matando a los dirigentes huelguistas delante de todos los trabajadores. Pero hubo respuesta. El propietario de los centrales cañeros que encabezó la represión a los dirigentes de la huelga, amaneció al día siguiente con un puñal en el pecho y un mensaje escrito en papel que decía: “La justicia de *Los Errantes*”. Enseguida, la policía empezó la persecución de Durruti y Ascaso, pero ambos lograron salir hacia México en un barco pesquero que abordaron desde una lancha, obligando al capitán a poner proa al puerto de Progreso, Yucatán. Sobornaron a los agentes portuarios de ese lugar para que los dejaran entrar sin papeles y visitaron Mérida para luego regresar a Progreso y embarcarse rumbo a Veracruz, que así lo cuenta Abel Paz.

En el puerto jarocho los esperaba un compañero que los llevó hasta la ciudad de México, suponemos que en tren, y se hospedaron en el local de una imprenta, propiedad de un combatiente zapatista de nombre Rafael Quintero. Esperaron que los alcanzaran allí Alejandro Ascaso y Gregorio Jover, lo que ocurrió a fines de marzo de 1925. En abril del mismo año se produjo un asalto a las oficinas de una fábrica de hilados y tejidos, llamada La Carolina, situada entre las calles de Isabel la Católica y de Uruguay. Los testimonios que consultamos coinciden en afirmar que se requirió el dinero de esta empresa para sostener las publicaciones de la Confederación General de Trabajadores de México y para instalar varias escuelas racionalistas, siguiendo el modelo que iniciaría, desde 1901, el fundador de la Escuela Moderna en España, Francisco Ferrer Guardia.

Para saber más de este episodio, recomiendo ampliamente la lectura de *Arcángeles*, el magnífico libro de Paco Ignacio II, publicado por editorial Planeta. Verán que no tiene desperdicio.

Luego de sus llamativas acciones en la capital de México, que provocaron la persecución de la policía, huyeron de nuevo rumbo a Cuba, donde asaltaron el Banco de Comercio de La Habana, en la capital del Gran Caimán. Enseguida abordaron un barco que iba a Valparaíso, Chile. Llegaron a ese puerto el 9 de julio de 1925 y ocho días después se produce el atraco al Banco de Chile, sucursal Mataderos. Expropiación revolucionaria que tuvo lugar mientras ambos anarquistas trabajaban en diversos sitios donde los contrataron. Juntos todos los *Solidarios*, habitaban una pensión cuya dueña hablaba muy bien de ellos.

Luego se fueron a Buenos Aires, donde trataron de reconciliar a las fracciones anarquistas, sin que el empeño tuviera mucho éxito. Durruti, Ascaso y Jover consiguieron emplearse en algunos trabajos e intentaron dos asaltos que resultan ridículos en sus resultados. Hasta que el 19 de enero de 1926 realizan uno de sus asaltos más productivos. Su objetivo fue el Banco de la Provincia de la ciudad de San Martín, donde roban 64,085 pesos argentinos. Luego, eludieron el estrecho cerco policiaco y llegaron a Montevideo. Desde ahí, en febrero de 1926, embarcaron hacia Francia.

Alguien denunció su presencia en el barco que los llevaba a Europa y entonces se plantearon secuestrarlo cuando el buque hiciera escala en Santa Cruz de Tenerife. Sin embargo, muchos marineros que iban en el buque eran anarquistas y trataron de tranquilizarlos, recordándoles que la escala no era para detenerlos sino para una reparación pendiente. Como no confiaban en sus compañeros de ideología, sus caras ya eran demasiado conocidas y fueron señalados como delincuentes, seguramente por un radiocable enviado desde Argentina, el grupo de solidarios decidió cambiar de barco y abordar uno con dirección a Le Havre para después moverse a un vapor inglés que llegó a Cherburgo el 30 de abril de 1926. Dos días después llegaron sanos y salvos a un hotel de París con nombres falsos.



Francisco Ascaso, Alfonso de Miguel, Buenaventura Durruti y, probablemente, un compañero de apellido Aldebaldetrecu.

PARÍS, DE NUEVO

Mientras todas estas aventuras eran protagonizadas en América por aquellos cuatro miembros de *Los Solidarios*, Aurelio encontraba trabajo en París como ajustador mecánico y, según informes de la policía francesa, pernoctaba en la rue du Pont de l'Eure número 22, con el nombre falso de Charles Abella, aunque la corporación tenía localizados otros domicilios del asturiano. Por las noches, cuenta Manel Aisa, Fernández acudía a reuniones con otros anarquistas en el *Café Combat*, donde se encuentra con Alfonso de Miguel, Vicente Pérez Combina, Felipe Sandoval y Juan García Oliver, entre otros.

Del 13 al 17 de mayo de 1925, se convocó en Marsella una reunión de todos los grupos anarquistas, Aurelio Fernández y Juan García Oliver, entre otros, acuden al evento que concluye en la creación de la Federación Anarquista de Lengua Española en Francia.

Me permito hacer aquí un paréntesis para contar que Alfonso de Miguel, varias veces mencionado en este relato y en mucha bibliografía sobre el tema, vivió en la ciudad de Puebla, México, los últimos años de su vida. Todos los viernes comía en casa de mis padres, lo que mi madre podía hacer con los recursos disponibles: a veces un cocido, otras, patatas con ejotes (judías verdes que les llaman en España), también chalupas poblanas con pollo muy deshebrado, y rara vez alguna paella que nunca llevaba azafrán. Mi padre le había ofrecido que llegara a casa a comer y a conversar con nosotros. Estimo que esa que se fue haciendo costumbre, ocurrió entre los años 1970 y 1983, cuando se interrumpe triste y súbitamente al quitarse la vida Alfonso de Miguel.

Estas reuniones familiares, donde muchas veces coincidí con él, resultaban interesantes, porque sus charlas eran propias de un estudioso de la economía y la problemática internacional. Varias veces a la semana, él acudía a leer a la biblioteca Benjamín Franklin, propiedad del servicio exterior de Estados Unidos de América, en el centro de Puebla. Siempre ofrecía De Miguel análisis

incisivos y datos reveladores que nos proporcionaba con el mayor entusiasmo, aunque el aburrimiento de la mayoría de los comensales denotaba el poco atractivo que generaban sus temas de coyuntura internacional. Sin embargo, nunca nos contaba el comensal de los viernes sus acciones en España y más de una vez negó frente a todos haber pertenecido al grupo de *Los Solidarios*, incluso cuando era evidente que en ocasiones se reunió en su casa con Aurelio y Violeta. Vivía solo y nosotros representábamos algo así como su única familia porque, al parecer, se había distanciado de la suya. Era de oficio ebanista y muy bueno en lo suyo. Recuerdo que le regaló una cuna muy hermosa, de su propia hechura, a mi primera sobrina.



En París, hacia 1926. García Vivancos, Juan García Oliver, Louis Lecoïn, Pierre Odeon, Francisco Ascaso y Buenaventura Durruti.

MUSSOLINI Y ALFONSO XIII, EN LA MIRA

En 1926, un italiano de apellido Schiaviana se presentó en el *Café Combat* con un mensaje de Errico Malatesta, donde el más reconocido de los anarquistas italianos pedía que *Los Solidarios* atentasen contra Benito Mussolini. Los anarquistas españoles discutieron la propuesta y, después de varios días de reunión, Aurelio Fernández manda un telegrama a Bruselas convocando a una reunión más amplia en París a buena parte del grupo. Una vez que estuvieron todos reunidos, se decidió aceptar la propuesta de los italianos exiliados, con la condición de que fueran los italianos los encargados de dar la cobertura económica al proyecto del atentado contra Benito Mussolini.

En *El Eco de los pasos*, ese monumental libro, fruto de una larga entrevista con Juan García Oliver, que la extraordinaria editorial Ruedo Ibérico logró publicar en 1978, éste cuenta que le preguntó a Schiavina si tendrían los compañeros que lo hiciesen la salida asegurada. Por otra parte, la empresa sería costosa. Digamos que se necesitan no menos de 50 mil francos. Si *Los Solidarios* aportasen la mitad, ¿podrías los italianos aportar los otros veinticinco mil francos, o más?

El presunto enviado de los anarquistas italianos respondió que le parecía bien el planteamiento y que en cuatro días le daría a García Oliver la respuesta. Este contaba para tal emprendimiento con la participación de Aurelio Fernández, Alfonso de Miguel, más el apoyo de Ascaso, Durruti y Jover, que ya habían regresado de América luego de su célebre paseo por esas tierras, la que García Oliver, siempre tan pontifical y solemne, descalifica en su libro por considerar la ruta de los atracos bancarios un evento descabellado e irresponsable.

Y así lo sigue contando el autor de *El eco de los pasos*:

“Aurelio puso un telegrama a Bruselas y rápidamente se presentaron en París Ascaso y Durruti. Celebramos una reunión en un café próximo a la plaza de la República. Asistía también Gregorio Jover, que sin pertenecer a “*Los Solidarios*” era conceptualizado como un agregado de valía”.

Y “estuvieron todos de acuerdo” porque “pesó mucho el nombre de Malatesta”.

Los Solidarios aceptaron aportar los 25 mil francos iniciales, con la anuencia de Ascaso, Durruti y Jover, esencial para la encomienda, pues ellos eran los que habían reunido dinero en su *gira* por América. A ese recurso no le hizo ascas García Oliver. Pero Schiavina no logró reunir al momento la aportación que correspondía a los italianos, así que pidió diez días más y los españoles accedieron a la espera. Luego, expiró nuevamente el plazo y la fecha coincidió con la noticia de que los reyes de España pasarían por París de camino a Inglaterra. Así que *Los Solidarios* prefirieron cambiar de objetivo, a propuesta de Durruti. Como de costumbre, García Oliver discrepaba de él.

¿Qué hubiera pasado, cabe preguntarse, si *Los Solidarios* hubieran dado cuenta del dictador italiano; qué sería de la historia contemporánea de haberse concretado aquellos hechos?

Dos días antes del pretendido atentado contra los monarcas españoles, Aurelio recibe en su casa tres fusiles y cinco pistolas Colt 45 con abundante munición, traídas por un taxista que Durruti había incorporado al plan. Tanto él como García Oliver tenían muchas dudas sobre la operación, debido a la presencia de este chofer que no conocían y al que Durruti había confiado una parte esencial de los preparativos. Al menos, así lo cuenta Juan García Oliver.

Aurelio acompañó hasta la estación de tren a su pareja de entonces, María Luisa Tejedor, para que se fuera a Bruselas con su hermana. La noche anterior al fallido atentado, García Oliver y mi tío durmieron en el apartamento del asturiano, pero, según el autor-biógrafo, Aurelio “pasó la noche con una amiguita italiana que vivía en un apartamento contiguo”. Fue para dejarle la cama entera a García Oliver, imagino yo.

Pero resultó que las sospechas de García Oliver y Fernández eran ciertas; la policía francesa tenía el completo control de la operación desde el primer momento. Antes de que iniciara la ejecución del atentado, la policía detuvo a Durruti y Ascaso en el hotel que se hospedaban. Gregorio Jover no cayó en la trampa y escapó a tiempo. La prensa habló ese mismo día de la detención de

los cinco anarquistas, con sus fotos incluidas en portada, todos ellos, menos el chofer, claro está. A partir de ese momento, Aurelio y García Oliver deciden ir siempre juntos, pero cubriendo cada uno su lado de la calle. Entre Fernando, el compañero francés que más se identificaba con ellos, y el apoyo de una organización anarquista gala obtuvieron algo de dinero para salir de París. Luego de esconderse en varios domicilios proporcionados por sus compañeros, ambos se trasladaron a Bruselas. La policía los buscó por todos lados y la prensa especuló de más sobre su paradero, pero la verdad es que escaparon del cerco policial y se fueron de regreso a España.

DESAJUSTE Y TENACIDAD

Entre este episodio y la llegada de la Segunda República, las acciones de Aurelio y *Los Solidarios* son más bien fragmentarias, llenas de persecución y acoso por parte de la policía española, de detenciones y juicios en los que los acusaban por hechos reales o inventados, seguidos de presiones de toda índole.

En París, la autoridad deja en libertad a Ascaso, Durruti y Jover y los pone en la frontera con Bélgica, el 23 de julio de 1927. Un mes más tarde, en Massachusetts, EUA, ejecutan a Sacco y Vanzetti en la silla eléctrica. Mientras ambos anarquistas italianos estuvieron presos, *Los Solidarios* hicieron protestas que llegaron a la huelga de hambre por la aprehensión y luego el asesinato de sus dos camaradas.

Recuerdo, justamente, un episodio en la ciudad de México, cuando vivía con mis tíos, allá por 1971 o 1972, y ellos fueron al cine a ver la extraordinaria película *Sacco y Vanzetti*, con Gian Maria Volonté y Riccardo Cucciolla como protagonistas:

—¿Qué les pareció? —pregunté.

—¡Magnífica! —me dijo mi tío con esa voz emocionada y poderosa, que no olvido—. Recordé las veces que hicimos huelga de hambre en las cárceles para exigir su libertad. Al final estuve a punto de ponerme de pie y gritar ¡viva la Anarquía!, pero me contuve.

En su libro, Manel Aisa recupera la anécdota de Aurelio Fernández y Juan García Oliver cuando deciden volver a España entrando por el País Vasco. El 12 de octubre empiezan a cruzar el monte con un guía, sin equipaje ni prendas de abrigo. Llegaron a Pamplona en un auto descapotable, pagando por el traslado 25 pesetas. Aurelio Arroyo los quiso llevar hasta Madrid por carretera, pero chocaron a la salida de la población, momento en el cual tuvieron que dispersarse. García Oliver trató de regresar a Francia, resultando que en la frontera lo denunciaron a la Guardia Civil y fue detenido *in fraganti*. Los Aurelios llegaron a Madrid a pesar de las dificultades. Sin

embargo, no tardaron en ser detenidos y los regresaron a Pamplona, donde los acusaron, junto a García Oliver, allí encarcelado ya, de intentar asaltar el Banco Hispanoamericano de aquella ciudad. Eduardo Barriobero, abogado de republicanos, anarquistas y socialistas, defendió a Aurelio Fernández y Mariano Ansón, otro abogado de izquierda, se encargó de los demás. García Oliver fue condenado a dos años de prisión, aunque a los Aurelios los dejaron libres por falta de pruebas.

El asturiano debió estar en varios lugares luego de haber sido puesto en libertad, pero se sabe que decidió regresar a París con su compañera María Luisa Tejedor. No obstante, quiso pasar a Oviedo a saludar a sus hijas y fue interceptado en el País Vasco, desde donde se lo llevaron, de nuevo, a la cárcel Modelo de Madrid y más tarde a Asturias, para ser procesado, otra vez, por el atraco al Banco de España. Barriobero llegó a defenderlo a Gijón. En el estrado de acusados también presentaron a Torres Escartín y Ceferino Fernández.

En este segundo juicio, el fiscal pidió para Aurelio Fernández Sánchez la pena de muerte, por delito de robo con homicidio, y la de cuatro años dos meses y un día de prisión correccional y multa de 250 pesetas, por el atentado. En cuanto a la responsabilidad civil, los procesados deberán abonar solidariamente al Banco de España la suma de 557,131 pesetas y a los herederos de Luis de Azcárate (el fallecido en el atentado) la cantidad de 25,000 pesetas. Así fue como se contó en las páginas del diario El Noroeste, de Gijón, un 18 de junio de 1927 y reproduce Manuel Aisa en su libro.

Barriobero hizo su trabajo de defensor y Aurelio Fernández se encargó de negar todas las acusaciones, pero, por una u otra razón, se queda en la cárcel de Oviedo hasta finales de 1930, cuando lo trasladan a Madrid para afrontar otro juicio: un delito fabricado por la policía, llamado el del Puente de Vallecas.

De nuevo detenido, Aurelio y su compañera María Luisa Tejedor, junto con otros compañeros como Segundo Blanco, son sometidos a un Consejo de Guerra el 27 de noviembre del año 1927. A él lo condenan por “inductor de regicidio” y posesión de armas, siendo enviado al penal de Cartagena, donde será recluido hasta la llegada de la República en abril de 1931, tras la cual se amnistia a todos los presos sociales.

Cada uno de estos acontecimientos merecería un análisis específico y profundo. En realidad, me resulta increíble descubrir todo lo que mi tío y sus compañeros de lucha hicieron en tan poco tiempo. Se magnifica, ante mis sentidos, la trama de su biografía. Perdón por la melancolía...



Aurelio Fernández y Buenaventura Durruti después de una reunión en el bosque de Las Planas, en Barcelona.

LA REPÚBLICA

A la llegada de la Segunda República española, luego de las elecciones del 14 de abril de 1931, ganadas con la “anuencia electoral” (permítaseme el término) de la CNT/FAI, son puestos en libertad los presos sociales, miles de anarquistas entre ellos, aunque no todos al mismo tiempo. Los ácratas se movilizan para que sean liberados todos, cuanto antes. De manera paralela, conjuntan las demandas de los trabajadores, realizan una marcha por Barcelona en la que reúnen 150 mil trabajadores. Queda claro, desde ese momento, que el hecho de haber “liberado” el acuerdo para que los trabajadores afiliados a los sindicatos de la CNT votaran a favor de la República no significaba que el anarcosindicalismo desistiera de sus aspiraciones de lograr una sociedad justa, sin clases, sin Estado y sin Dios.

En este proceso, *Los Solidarios* decidieron cambiar de nombre por el de *Nosotros*.

En 1932, Aurelio estaba en Asturias, por lo que no participó en los momentos insurreccionales contra la República. Regresa en diciembre del mismo año, luego de organizar la CNT en aquella región.

En Sants, García Oliver, de parte del Comité Regional de la CNT, le propone a Fernández organizar grupos de diez hombres por cada barrio “para que trabajen y desarrollen los planes insurreccionales a poner en práctica en el momento adecuado”. Son los Cuadros de Defensa que debían extenderse por toda Cataluña.

En el año 1933 el grupo *Nosotros*, siendo ya parte de la Federación Anarquista Ibérica, tomará la iniciativa de organizar un movimiento insurreccional. El grupo estaba compuesto por Francisco Ascaso, Buenaventura Durruti, Juan García Oliver, Aurelio Fernández, Ricardo Sanz, Gregorio Jover, Antonio Ortiz, Julia López Mainat, Pepita Not y Ramona Berni.

En enero de aquel año, planearon y ejecutaron un atentado contra la Jefatura Superior de Policía de Vía Layetana, centro de tortura y represión contra los

trabajadores ya que, a pesar de los cambios políticos, seguían actuando contra el proletariado activo. Diseñaron un ataque mediante una explosión simultánea de bombas colocadas en los drenajes que estaban debajo del edificio, pero falló uno de los petardos de 90 kg que habían metido a través de las cloacas cuando ocurría un ataque simultáneo desde la calle, bajo el supuesto que se sincronizaría con las explosiones en las cañerías. Sin embargo, los policías repelieron el ataque de los sindicalistas y apresaron a varios de ellos, entre los cuales estaban García Oliver, Antonio Ortiz y Gregorio Jover.

Las varias acciones insurreccionales promovidas por el anarquismo español entre 1932 y 1933 produjeron alrededor de 87 muertos, centenares de heridos, sobre todo trabajadores, y llevaron a la cárcel a más de 700 compañeros en todo el país, amén de clausuras de locales sindicales y centros de reunión de la CNT-FAI. El encono entre el gobierno de coalición de fuerzas republicanas y los grupos anarcosindicalistas tuvo como una de sus consecuencias el retorno de las fuerzas de la derecha reaccionaria en las elecciones de noviembre de 1933.

En la narración de hechos que ofrece Manel Aisa, reaparece mi tío un 17 de marzo de 1933, cuando se celebró un mitin de afirmación sindical en el cine Galileo de la barriada de Sants, donde participa como orador en una línea discursiva, e incendiaria, contra el gobierno central presidido por Manuel Azaña.

En este creciente conflicto entre las fuerzas de izquierda republicana y el movimiento anarcosindicalista, no solo prosiguen las detenciones y las palizas en Vía Layetana, sino que se habilita el barco Manuel Arnús para encarcelar a anarquistas y otros luchadores sociales. En este buque-prisión fueron recluidos Aurelio Fernández, Dionisio Eroles, Severino Campos, Cristóbal Aldebal-detrecu, Marcos Alcón, Ricardo Sanz y otros.

A fines de diciembre de 1933, el asturiano recibe una nueva condena, aunque esta vez solo es de un año de prisión, por tenencia ilícita de armas. Pero su privación de la libertad no llegará a los doce meses. En estas mismas fechas, asegura Aisa, Aurelio ya es pareja de Violeta Fernández, destacada participante en los grupos del barrio del Clot, *Sol y Vida*. Ella es nieta de Abelardo Saavedra, célebre propagandista ácrata en toda España y aun en Cuba.

—Yo vi a Aurelio echando un discurso desde un balcón; me cautivó su voz y lo que decía —nos contaba la tita Violeta—. Esperé a que bajara para felicitarlo y, a pesar de lo bajito que era, quedé prendada de él.



En Asturias en 1934, cuando la huelga de mineros y trabajadores. En primer plano Violeta Fernández, Aurelio Fernández Sánchez, Segundo Blanco y Segundín Blanco.

En noviembre de 1934, luego de las movilizaciones proletarias de Asturias y de Cataluña, Aurelio Fernández Sánchez es detenido por el nuevo gobierno y se lo llevan, otra vez, al penal de Burgos, junto con Ascaso y Durruti. Los periódicos registran que hubo una redada en el bar *La Tranquilidad*, donde se detuvieron 92 militantes ácratas, incluyendo a Juan García Oliver, aunque este no fue llevado con sus compañeros. Si bien los dejan en libertad en poco tiempo, para mediados de 1935 vuelven a detener a Aurelio, Durruti, Antonio Ortiz y a cientos de militantes, que ingresan a la cárcel *Modelo de Barcelona*. Pero debido al exceso de presos a algunos, como Aurelio, los mandaron al buque *Arnús*.

Entre encierros y castigos llegó 1936. Las elecciones intermedias de noviembre de 1933, cuando por primera vez votaron las mujeres en España y gracias a las reformas republicanas, las ganaron las fuerzas conservadoras. El fascismo era ya una realidad en Europa y otras partes del mundo. Se trataba de un movimiento en ascenso que había conquistado los gobiernos en Italia y Alemania.

Los antifascistas españoles sabían que, de no crearse una coalición que pudiera enfrentar este fenómeno, el país se iba a sumar, como Estado satélite, a esas dictaduras incipientes, fincadas en mayorías sociales que no encontraban atractivo ni en las viejas democracias europeas, ni en la revolución soviética. Por esta misma coyuntura, se da una confluencia pragmática de posiciones políticas y voluntad de consenso entre sectores enfrentados entre sí durante la primera etapa de la Segunda República, de 1931 a 1933, creándose las bases para una aproximación entre anarquistas y gobiernos republicanos, tanto regionales como el nacional, así como con las formaciones partidistas que representaban.

Por esta misma razón, se forma una coalición para las elecciones de febrero de 1936, agrupados varios partidos en el Frente Popular. La CNT, consciente del peligro fascista, acuerda la “libertad de voto” para sus miembros y deja de promover el abstencionismo, a diferencia de las elecciones de 1933. Durruti fue quien preconizó la necesidad de votar, argumentando la necesidad de atender a los 30 mil presos políticos y sociales que llenaban las cárceles españolas. El programa del Frente Popular comprendía la amnistía general, una concesión del republicanismo hacia las organizaciones proletarias, especialmente la CNT -FAI que en aquellos años contaba en España con dos millones de afiliados, mientras muchos de sus integrantes estaban en las cárceles. Sin sus votos, se hubiera acabado en ese mismo momento la Segunda República. Duró tres años más.

En la biografía de Aisa se recuerda que unos días antes de las elecciones de febrero de 1936, los miembros del grupo *Nosotros* se reunieron en la casa de Juan García Oliver, frente al campo de fútbol del Júpiter. Allí discuten un mensaje de Lluís Companys, expresidente de la Generalitat de Catalunya, y otro de la masonería, pidiendo ambos que no se inmiscuyeran en las elecciones. Pocos días después será la FAI quien discutirá el papel del anarquismo ante las elecciones. Para llevar a cabo esta reunión faísta, los dirigentes del hoy llamado grupo *Nosotros*, se trasladaron hasta el bar *Tupinet de Hostafrancs*, donde trabajaba García Oliver, para que este pudiera participar en la reunión. No eran “profesionales” de la organización, como se puede apreciar.

Son meses de gran actividad en la vida de Aurelio Fernández, quien participa, de nuevo, en el Comité de la Federación Local de la CNT en Barcelona. Viaja a Zaragoza para participar en la unificación de todas las fracciones escindidas del anarquismo. Es en ese momento cuando él y Violeta deciden vivir juntos.

GOLPE DE ESTADO EN MARCHA

Desde el 17 de julio de 1936 empezó a saberse que las guarniciones de ejército en África iniciaban una sublevación militar contra el poder republicano, estado de alerta que movilizó a las organizaciones anarquistas, que ya venían preparándose para el golpe, consiguiendo armas de variadas procedencias y llevando a cabo lo que García Oliver denominaría la “gimnasia revolucionaria”. Se prepararon para enfrentar una sublevación durante año y medio, afirma García Oliver en sus memorias. Recuerda que el Comité de Defensa Confederal existía desde los primeros días de la República, listos para tomar la iniciativa. Las acciones frente a esta nueva situación se aceleran vertiginosamente. *Los Solidarios/Nosotros* actuaron para allegarse aliados entre los aviadores del ejército en Barcelona.

El 18 de julio de 1936 el propio García Oliver, según cuenta en sus memorias, había conseguido el compromiso de Companys para darle armas a la CNT/FAI. A las primeras horas del 19 de julio, Aurelio Fernández y García Oliver, junto al coronel Díaz Sandino, sobrevolaron Barcelona para observar mejor los movimientos militares.

Cuando se prepararon para enfrentar la asonada, los anarquistas ya tenían un plan de ataque. El tío Aurelio me contó que sabían que los militares tenían cuarteles muy bien fortificados y armados, por lo tanto, atacarlos cuando estaban dentro de ellos hubiera sido un suicidio.

—Estuvimos atentos para ver cuando los soldados salieran de sus cuarteles y nosotros los estábamos esperando en la calle, manzana por manzana, edificio por edificio.

Con parecidas frases, así me contó aquella historia de resistencia y victoria más el *Tito* en charlas inolvidables.

—Cuando abandonaran sus lugares seguros, los ocupamos; así fue como entramos a sus cuarteles y los dejamos sin retaguardia, especialmente el cuartel

de San Andrés, el más fortificado que tenían. Los dejamos aislados, rodeados por nosotros en todos los sitios y les requisamos las armas y municiones que guardaban en ellos. Claro está que una parte de la organización que tenía buena preparación los enfrentaba al mismo tiempo en las calles.

En eso coinciden plenamente los recuerdos de mi tío y la narración de García Oliver. El catalán agrega que los anarcosindicalistas prepararon concienzudamente a los fagonistas de las fábricas, para que, a la orden de los integrantes de los Comités de Defensa de las Barriadas, hicieran sonar, ininterrumpida y simultáneamente, todas las sirenas de las fábricas, creando así enfermedades psicológicas óptimas para la lucha, a saber, sembrando el pánico entre los soldados y el entusiasmo entre los obreros.

Porque disfruté el libro de Luís Romero *Tres días de julio* y me parece uno de los mejores relatos de aquel evento excepcional. Transcribo algunas de sus descripciones que permiten entender la relevancia de aquellas fechas:

Una ametralladora “hotchkiss”, dos fusiles ametralladores checoslovacos, y numerosos rifles “winchester”, con munición abundante, están limpios y preparados en una de las habitaciones de un piso de la calle Pujadas 276, casi esquina a Espronceda, en la barriada de Pueblo Nuevo. En este piso, donde vive Gregorio Jover, se halla reunido el Comité de Defensa Confederal. Juan García Oliver, Buenaventura Durruti y Francisco Ascaso han llegado a la reunión con dos horas de retraso. Esta última reunión, que más puede calificarse de vela de armas, había sido convocada para las doce de la noche. El teniente de aviación Servando Meana les ha prestado un automóvil para que se trasladaran desde la Consejería de Gobernación. Lo han hecho a mucha velocidad y con las armas apercebidas; comprendían que los demás compañeros estarían inquietos por su retraso, como sí ha ocurrido. Ante la Consejería de Gobernación se ha formado una especie de manifestación de militantes de la CNT que reclamaban armas. García Oliver, Durruti y Ascaso han tenido que asomarse a uno de los balcones que dan a la plaza de Palacio. García Oliver les ha hablado para ordenarles disolverse y les ha recomendado que se dirigieran a los cuarteles de San Andrés y que esperaran allí la ocasión de apoderarse del armamento. Veinticinco mil fusiles, ametralladoras, y aun quizá algún cañón puede ser el botín que mañana caiga en manos de la CNT y la FAI, si sus planes se cumplen. El teniente

Meana y otros oficiales de Aviación, que han mantenido contacto con ellos desde hace algún tiempo, han hablado con el coronel Díaz Sandino, jefe de la base aérea del Prat del Llobregat. Tan pronto como las tropas se subleven y salgan de los cuarteles, la aviación despegará para atacarlos. Los cuarteles y la maestranza de San Andrés serán bombardeados con cuidado de no hacer explotar los depósitos de armamento y munición. Los miembros de los comités de barriada de Santa Coloma, San Andrés, San Adrián del Besós, Clot y Pueblo Nuevo, apoyados por los cuadros de defensa y militantes en general, se lanzarán al asalto, volando si es preciso las puertas con dinamita. Díaz Sandino lo sabe y ha dado su acuerdo. En la maestranza de San Andrés se guardan, además, millones de cartuchos.

Gregorio Jover distribuye pan y butifarra a los compañeros y les sirve unos vasos de vino. Las medidas han sido tomadas; los comités, los cuadros de defensa, los militantes de la ciudad permanecen alerta, cada uno conoce cuál es la misión que debe desempeñar llegado el momento. Las sirenas de las fábricas, en donde los fogoneros montan guardia, y las de los barcos surtos en el puerto, darán la señal de alarma. Los miembros del Comité de Defensa Confederal esperan a que los militares salgan de los cuarteles, lo cual, según las noticias que ellos tienen, ocurrirá al amanecer (1973, p. 209-210).

(...) Han trabajado activamente, creen que ningún extremo ha dejado de ser previsto, estudiado, discutido y resuelto. Por eso, los miembros del Comité de Defensa permanecen casi en silencio, consumiendo grandes cantidades de café.

Les va mirando uno a uno; podría ocurrir que fuera la última vez que les viera; a casi todos les conoce de antiguo, veteranos luchadores, hermanos casi, o más que hermanos. Francisco Ascaso fuma nerviosamente un cigarrillo; como siempre está pálido; de sus labios fríos y apretados emana como una desconfiada sonrisa. Durruti también parece sonreír, sus cejas foscas, el entrecejo fruncido, las arrugas obstinadas de la frente, no consiguen borrar del rostro la expresión de hombre-niño; con sus ojos grises y vivos repasa el armamento. Ricardo Sanz, alto, fuerte, rubio, permanece en actitud impasible; Gregorio Jover, a quien por su cara achinada llamaban «el Chino», parece más chino que nunca; con los dedos juega con las ringleras de balas de pistola que lleva al cinto. Los ojos algo saltones de Aurelio Fernández tratan de descubrir, observándole a él, la gravedad de las circunstancias, como

si su rostro fuera un termómetro; mantiene correcta compostura; de todos ellos es el único que se preocupa de vestir bien. Son luchadores avezados al riesgo de la pistola enemiga y al manejo de la propia; madurados en la lucha revolucionaria. Dos nuevos elementos, jóvenes ambos, han sido incorporados al Comité de Defensa; Antonio Ortiz y «Valencia». Ortiz desearía hablar, comunicarse con sus compañeros silenciosos, el cabello se le arremolina en bucles; «Valencia» se siente impresionado y orgulloso de estar entre ellos; erguido en la silla fuma cigarrillo tras cigarrillo. (1973, p. 211-212) ...

(...)—¡La señal!

“El ulular crece de volumen y se aproxima; las sirenas de las fábricas, próximas o distantes, van incorporándose a la alarma. El aire mañanero del barrio vibra con apremiante rebato. Más vecinos se agitan con inquietud e impaciencia. Los miembros del Comité de Defensa Confederal y los compañeros que componen la escolta suben a los camiones.

—¡Viva la FAI!

—¡Viva la CNT!

—¡En marcha! (1973, p. 233)

Aurelio iba en un camión sin cubierta, armado con una ametralladora Hotchkiss que manejaba con destreza. Empezó la mañana vestido con un traje impecable, portando un pañuelo blanco que sobresalía del bolsillo superior de la americana, pero, al terminar el día, la chaqueta había desaparecido y su camisa tenía el color amarillo de la pólvora.

Cuenta Ricardo Sanz que la ametralladora se la entregaron a Aurelio sus compañeros asturianos de La Felguera y que la habían guardado desde el movimiento insurreccional de octubre de 1934, junto a la gran cantidad de fusiles que habían traído de Bélgica.

Los combates se dieron por toda la ciudad, con los trabajadores en armas, ganando, palmo a palmo, las esquinas, las calles y los edificios de Barcelona. Pero lo más triste durante esos momentos para *Los Solidarios/Nosotros* fue la muerte de Francisco Ascaso, en el último combate que tuvo lugar en el cuartel de Atarazanas, cuando quiso abatir a un francotirador escondido en una

ventana y antes lo alcanzó un disparo en la cabeza. Fue un golpe durísimo para todos ellos, pero quizá más para Durruti, que fue su gran compañero en incontables episodios de sus vidas.



Barcelona 1936. Importantes dirigentes de la CNT/FAI marchan por las calles de Barcelona después de haber derrotado a los militares sublevados. En la foto, El "Valencia", Severino Campos, Ricardo Sanz, Aurelio Fernández, Juan García Oliver, Gregorio Jover, Miguel García Vivancos y Agustín Souchy.

El 20 de julio de 1936, cuando ya había caído el cuartel de Atarazanas, último reducto fascista de la ciudad, Aurelio Fernández Sánchez será uno de los miembros del Comité de Defensa de la CNT en la ciudad que acudirá a una reunión convocada por Lluís Companys. Mi tío asiste a la cita en la sede de la Generalitat junto a Buenaventura Durruti, José Asens Giol, Diego Abad de Santillán y Juan García Oliver. El presidente del gobierno catalán estaba perplejo con la actuación de los anarquistas. Carlos Semprún, citado por Aisa, feroz crítico del comunismo estalinista, cita algunas frases de aquella reunión.

Dirigiéndose a aquellos miembros de la CNT-FAI que se sentaron con el fusil entre las piernas, Companys entrega simbólicamente la plaza:

—Hoy sois los amos de la ciudad y de Cataluña, porque vosotros sois los vencedores de los militares fascistas... Habéis vencido y todo está en vuestro poder. Si no tenéis necesidad de mí, si no me queréis como presidente de Cataluña, decírmelo ahora y no seré más que un soldado en la lucha antifascista...

García Oliver afirma en *El eco de los pasos* que los anarquistas asistentes a la reunión entendieron que debía seguir Companys al frente de la Generalitat, precisamente porque no habían salido a la calle a luchar concretamente por la revolución social, sino a defendernos de la militarada fascista.

Dos días después de la victoria popular contra los golpistas, un 21 de julio de 1936, Aurelio Fernández Sánchez participa en la famosa asamblea confederal de militantes donde se decide participar con las demás fuerzas políticas en el gobierno catalán. Al cabo de 48 horas, Aurelio estará presente en la asamblea del Comité Regional, junto a otros militantes destacados, donde se corroboran los acuerdos adoptados el 21 de julio. La propuesta de Juan García Oliver, apoyada por Aurelio Fernández y la Federación Local del Bajo Llobregat, con Josep Xena al frente, de “ir por el todo” y tomar el poder en Catalunya, no prospera.

Me parece que este fue un momento de la mayor trascendencia para los anarquistas españoles, pero me atrevo a decir que también fue un parteaguas en la historia de los revolucionarios de todo el mundo. Representa a mi entender la confrontación más importante entre los postulados antigubernamentales y contra el Estado del anarquismo clásico, y la realidad descarnada. Fue una coyuntura histórica excepcional que puso en manos de la CNT/FAI todo el poder político sin que pudieran resolver qué hacer con él o contra él. Finalmente, no renunciaron a estar en el gobierno, pero tampoco a llevar a cabo colectivizaciones revolucionarias que implicaron la supresión de la propiedad privada, estableciendo la distribución igualitaria de la riqueza, lo que atentó directamente contra los aliados antifascistas, alianzas que eran indispensables en ese momento.

La narración que García Oliver dictó a una secretaria de Ruedo Ibérico y que luego se convirtió en *El eco de los pasos*, es una versión muy destacada de su

figura, con sus filias y sus fobias, magnificada por él mismo, pero, al parecer, su relato en la primera línea del frente es bastante apegada a los hechos.

El 23 de julio de 1936 es quizás la fecha más trascendental en esta relación de hechos. Aquel día se realizó el Pleno de Locales y Comarcales en el cual la región catalana de la CNT estudió y resolvió el futuro inmediato de su posición frente al vacío de poder que se había generado tras la derrota de los golpistas: mantener la alianza antifascista, integrándose el Comité de Milicias que se había acordado provisionalmente con Lluís Companys, o “ir por el todo” y dar paso a la revolución social con la que habían soñado los anarquistas por casi cien años.

El lugar donde se celebró la reunión no podía ser más emblemático. El edificio conocido como Casa Cambó, en Via Laietana, número 30, en cuyo ático vivió el político más conocido de la derecha catalana, Francesc Cambó i Batlle, quien, además de testaferro y financiero, compartía espacio con el Fomento del Trabajo Nacional, la patronal de los empresarios, que celebraba sus juntas en el edificio más odiado por los obreros de Barcelona, requisado por los anarquistas de forma expedita, al igual que otros, como el Hotel Ritz, el palacio de Pedralbes o la mayor joya del modernismo catalán, la magnífica Pedrera, obra de Antoni Gaudí, al alcance solamente de unos pocos burgueses.

Atestado el local, se eligió presidente de debates el joven Mariano Rodríguez Vázquez, *Marianet*. La delegación de la comarcal del Bajo Llobregat lanzó a consideración del pleno su propuesta: formar parte del Comité de Milicias era taponar la marcha de la revolución y, en consecuencia, proponía que se retiraran de él dando paso a las medidas de colectivización que habían sido, desde siempre, la aspiración histórica de los ácratas.

Se produjo un tenso momento de silencio, según el recuento de García Oliver: “Algo raro estaba ocurriendo”. Fidel Miró, integrante de las Juventudes Libertarias, cercano al argentino Diego Abad de Santillán (Sinesio Baudilio García Fernández se llamaba en realidad), se movía de un sitio al otro, entre delegación y delegación, transmitiendo una consigna.

Dice el autor que García Oliver decidió intervenir para manifestar su coincidencia con la propuesta del comarcal del Bajo Llobregat, proponiendo des-

echar el Comité de Milicias que habían acordado provisionalmente con el presidente Companys, para que “por primera vez en la historia, los sindicatos anarcosindicalistas fueran por el todo, esto es, a organizar la vida comunista libertaria en toda España.”

Enseguida, o “precipitadamente”, al decir de García Oliver, pidieron la palabra Federica Montseny, Diego Abad de Santillán, Marianet y la comarcal del Bajo Llobregat.

Este episodio merece ser analizado con detenimiento. Me he formado la idea de que se trata del choque más brutal de la ideología anarquista en una situación única que les hubiera permitido tener el control social y político para concretar el ideal de una sociedad sin clases, sin Estado y sin prejuicios sociales, aterrizando en el plano de la realidad todos los planteamientos utópicos desarrollados durante décadas por los librepensadores. Con la información de la cual dispongo, hoy creo que García Oliver y la comarcal del Bajo Llobregat, sí bien plantearon el “ir por el todo”, también eran conscientes de que el paso a la revolución social los iba a llevar a la derrota frente a las fuerzas organizadas del fascismo, tal como de todas maneras ocurrió.

Creo que esta fue la razón por la cual ninguno de *Los Solidarios* más significados intervino en esa histórica reunión del 23 de julio de 1936 y así lo reclamó García Oliver en su biografía: Ni Durruti, ni Aurelio, ni Ricardo Sanz, ni los hermanos Ascaso que sí estaban presentes. Lo dejaron solo, siempre según su propia narración. Pese a sus reclamos, el comportamiento posterior de este militante anarcosindicalista catalán demuestra su convicción de que lo más viable era aliarse con las fuerzas antifascistas; lo demuestra el hecho de que él mismo fue el integrante de la CNT/FAI que ocupó el puesto más importante en el gobierno español republicano, ministerio de Justicia, entre noviembre de 1936 y mayo de 1937.

Regresando al día de la asamblea, la Federica, como le llamaban sus compañeros, recordó la estirpe a la que ella pertenecía. Era hija de Federico Urales y Soledad Gustavo, antiguos y muy connotados luchadores sociales ácratas. García Oliver ya se encargó de escribir, en su ajuste de cuentas, que a ni a ella ni a los intelectuales anarquistas se les había visto trabajando en una fábrica ni tomando las armas en la reciente contienda de Barcelona.

Según ella, la vía revolucionaria ya se encontraba abierta y, por lo tanto, “el pueblo en armas haría el resto”. Se opuso, en consecuencia, a la propuesta de García Oliver por cuanto ello suponía la instauración de una dictadura anarquista, que “por ser dictadura no podría ser jamás anarquista”. Por su parte, ella proponía abandonar los Comités de Milicias en cuanto quedaran derrotados por completo los militares y proceder a dedicarse una vez más a la obra de la organización y de la propaganda anarquista. En poco tiempo, la Federica también aceptó el puesto de ministra de Sanidad en el gobierno republicano que se encontraba en Madrid.

Diego Abad de Santillán opinaba que había que quedarse en el Comité, colaborando con las demás fuerzas antifascistas, no sin antes descalificar la viabilidad de “ir por el todo”... desestimando por el momento la puesta en práctica del comunismo libertario, según recuerda García Oliver. Marianet coincidió con ellos, y empezó la noción que, en vez de tomar el control, se podía “gobernar desde la calle”.

La comarcal del Bajo Llobregat reiteró su apoyo a la posición de García Oliver para hacer la revolución en julio de 1936 y él mismo intervino otra vez para refutar a los oradores que se le opusieron, refrendando su postura, extensamente.

Se hizo la votación y solamente la comarcal de Bajo Llobregat votó por la propuesta de García Oliver, que era la de ellos mismos. Todas las demás delegaciones se pronunciaron a favor de la propuesta formulada, con precisión, por Abad de Santillán.

A su vez, no sin cierta sorpresa, la plenaria ratificó a los compañeros que ya estaban en el Comité de Milicias: García Oliver, Marcos Alcón, José Asens, Aurelio Fernández y Diego Abad de Santillán. Nadie objetó.

Afirma García Oliver que no salía de su asombro con ese “insólito” pleno de comarcales. Aquella misma noche reunió al grupo ampliado de *Nosotros* y calificó el resultado como una derrota de todos, no sólo de él. Las consecuencias de esta derrota no son visibles de momento, aseguró, pero sí previsibles. Nos encaramos con un porvenir tan inseguro que ni siquiera sabemos qué hacer a partir de este momento. Como organización mayoritaria sustraída al proceso revolucionario, estamos creando un enorme vacío...”

Propuso, como medida urgente, agrupar fuerzas, sobre todo la columna que Durruti dirigirá a Zaragoza, para proceder al asalto de los principales centros de gobierno. Por fin, Buenaventura Durruti habla y se manifiesta a favor de la propuesta de ir a por todo, pero siempre que sea después de la toma de Zaragoza.

Aquel largo día quedó claro que no había coincidencias de fondo entre los integrantes del grupo *Nosotros* y que García Oliver no contaba con el respaldo de sus integrantes más significativos. Constató que Aurelio Fernández no aparece en *El eco de los pasos* expresando una postura, lo que me hace suponer que sus ideas se apegaban a las de su mancuerna de entonces, Juan García Oliver. Nunca tuve la oportunidad de hablar con él de este tema concreto. Confieso que en este, como en otros casos, tengo cierto malestar, que, a veces, se convierte en rabia, por no haber preguntado a él y otros integrantes de mi ascendencia ácrata, mi padre entre ellos, todas estas historias de un pasado común. Cuando mi tío murió yo tenía apenas 22 años y demasiado trabajo, pero eso no disminuye mi pena años después.

Se me aparecen los fantasmas de las discusiones entre Marx y Bakunin en la primera y segunda internacional, las propuestas leninistas para construir la dictadura del proletariado, las criminales aberraciones de Stalin para forzar la supuesta transición socialista hacia el comunismo. Todo esto trato de reflexionar siempre que me planto frente a este episodio del que nunca le pregunté a mi tío.

ENCARGOS GUBERNAMENTALES

Dentro del Comité de Milicias Antifascista de Cataluña, al quedar Aurelio como encargado de seguridad, se convierte de la noche a la mañana en una suerte de ministro del Interior, con lo cual le iba a tocar “bailar con la más fea”, según afirma Manel y comparto yo mismo. Debía estar atento al peligro fascista, a los enemigos locales y externos, a los quintacolumnistas. Las Patrullas de Control, conformadas por 700 elementos cada una (325 de la CNT, 145 de la UGT, 45 de POUM y 185 de Esquerra Republicana) estaban dirigidas por José Asens y como responsable de todo, Fernández Sánchez. Por su postura de ir por el todo, Aurelio Fernández y Joan García Oliver eran clasificados como “anarcobolcheviques” por los ortodoxos militantes del anarquismo tradicional que veían en el grupo *Nosotros* el germen del autoritarismo. Desde luego, habiendo aceptado cargos ejecutivos durante el proceso revolucionario, tal adjetivo parecía justificado.

En aquel entonces, la situación era difícil e inédita para estos luchadores sociales y llena de amenazas por todos lados, empezando por el avance de las fuerzas fascistas internacionales que se encontraban a 300 kilómetros de Barcelona, mientras en la retaguardia se padecía la falta de estabilidad política, derivada de la ofensiva de los golpistas en todas sus formas y de las propias debilidades de la unidad antifascista.

Un periodista extranjero le preguntó a Aurelio Fernández Sánchez quién había hecho la revolución que se estaba viviendo y él respondió que “la revolución la han hecho los de siempre, los piojosos.”

Aquella euforia del 19 de abril y los primeros días subsecuentes fue menguando con el paso del proceso. Los quintacolumnistas se organizaban, acumulando armas en sus casas; los aliados del primer momento se fueron dividiendo; las ansias de control y restauración entre los adversarios de los anarquistas fueron prosperando, azuzados por la intervención de las fuerzas estalinistas.

La organización ácrata acuerda que García Oliver y Fernández Sánchez no partan a los frentes de combate contra las tropas de Franco; deciden que se

queden para encargarse de cuidar la retaguardia. José Asens, Dionisio Eroles y otros compañeros se organizan con Aurelio para llevar a cabo esa tarea, pero no tarda en convertirse en el centro de los ataques de tirios y troyanos, al punto de ser uno de los hombres más calumniado por el fascismo y el catolicismo, al igual que muchas veces sus supuestos aliados, con el fin de debilitar el anarcosindicalismo, personificando todos sus presuntos males en una persona y esperando que la demonización del adversario debilitara, de una vez por todas, el movimiento revolucionario que habían emprendido los trabajadores en julio de 1936.

Aurelio tuvo como una de sus principales tareas unificar el comportamiento de las Patrullas de Control, porque estas actuaban en cada barrio a su libre entender y no siempre seguían los lineamientos del comité. Eduardo Barriobero, el prestigiado abogado defensor de librepensadores, se encargó del Tribunal de Justicia Popular de Cataluña, con la subsiguiente responsabilidad de tener que poner orden y castigar a los enemigos de la república y del proceso revolucionario. Fueron, en todo momento, una mancuerna muy odiada por las fuerzas reaccionarias, mayores y menores, tanto de los golpistas como de los defensores de una república burguesa que había reprimido a los anarquistas y otras fuerzas obreras y populares con la misma crueldad que Primo de Rivera: En Casas Viejas o en Asturias, el ciclo de muertes y represión era el mismo, cambiara o no la forma de gobierno.

A pesar de todo, los mensajes de Aurelio Fernández y del Comité Central de Milicias Antifascistas siempre se propusieron asegurar el respeto a los derechos de los opositores, evitando pillajes, expoliaciones, violaciones caprichosas de domicilios y otras manifestaciones de arbitrariedad, que calificaban de innobles e indignas. Cabe decir que las buenas intenciones no siempre derivaban en buenas acciones, tanto por las explosiones de odio de esos piojosos cansados de tanta humillación como por los actos de provocadores infiltrados en la retaguardia.

El primer bando del Comité de Milicias Antifascistas establecía siete disposiciones sobre las condiciones del nuevo orden revolucionario, dando una estructura orgánica a las patrullas de control y sometiénolas a estrictas normas de comportamiento. Ricardo Sanz aseguró en sus escritos que estas patrullas llevaron a cabo un trabajo profesional y que los críticos acérrimos fueron, ante todo, los fascistas y los beneficiarios del régimen anterior.



Aurelio Fernández Sánchez

Fernández creó también un Departamento de Investigación, el cual se coordinaba con las Patrullas de Control y realizaba la vigilancia del paso de las fronteras.

En ese contexto, ocurre el caso de *La Pasionaria*, la emblemática dirigente del Partido Comunista Español y de la Tercera Internacional, quien viajó de Madrid a Barcelona con el objetivo de cruzar a Francia por la frontera catalana y tuvo que esperarse en el Hotel Colón, en plena Plaza Cataluña, a que el anarquista Aurelio Fernández le autorizara su salida del país. Más que herida en su orgullo y en su soberbia, volcó en sus memorias un reguero de insultos

contra Aurelio Fernández por no dejarla pasar sin más trámite, pero también atacó a otros compañeros del comité por bagatelas como sus defectos físicos y otras cosas menores. Al parecer, no le gustó someterse a las reglas del gobierno popular. Ni modo.

Luego del triunfo de julio de 1936, la coyuntura estimuló a los militantes de la CNT-FAI a plantearse tareas de transformación social, mientras, al mismo tiempo, procuraban controlar los abusos que se daban a su alrededor. El 1 de agosto de 1936 se publicó en *Solidaridad Obrera* un bando muy importante. Manuel Aisa lo cita en la página 139 de su libro. El documento señala que “toda la vida de Barcelona y de Cataluña ha caído en nuestras manos” y, en consecuencia, la CNT aspira a controlar lo mejor, lo más consciente, lo más capaz del proletariado para que, en ningún momento, la Organización Confederal deje de estar a la altura de las circunstancias, por faltar a la moral revolucionaria. Concluye el edicto con una frase memorable: “Es hora de edificar sobre ruinas”.

Dicho de otra manera, el tiempo de la transformación había llegado:

«Al levantarnos contra el fascismo no nos movía ningún propósito previo. Asumíamos la responsabilidad de una actitud decisiva, conscientes tan sólo de la responsabilidad histórica que nos alcanzaba por igual. [...] Pues bien, reconstruyamos la economía sobre bases nuevas, la primera y más elemental de las cuales es la socialización de las riquezas y de los instrumentos de trabajo, considerando como tales los campos, las fábricas, las minas y los talleres. [...]

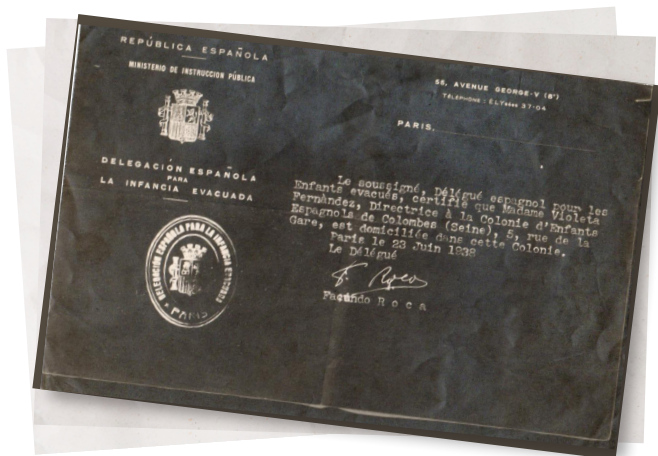
“Hasta tanto el Consejo de Economía no trace las líneas generales de la obra de reconstrucción social que le ha sido encomendada, aceptamos las cuarenta horas, el 15 por ciento de aumento en los jornales y la rebaja en un 50 por ciento de los alquileres. Estos han sido los acuerdos del Pleno de Sindicatos celebrado el día 8 y que la Federación Local hace saber a todos los trabajadores» (2017, p. 140).

En esta proclama se advierte, además, que actuarán implacablemente frente a los abusos en la venta de alimentos y objetos de imprescindible necesidad que se estaban cometiendo. La revolución había comenzado y el deber era protegerla.

VIOLETA, LA MAESTRA

Aisa cuenta estos intensos momentos del verano de la anarquía, incluyendo algunos hechos donde participó Violeta Fernández Saavedra. El Comité de Milicias Antifascistas se anotó otra victoria con la aplicación del proyecto pedagógico del Comité de la Escuela Nueva Unificada (CENU). Bajo el lema “ni un niño sin escuela, ni una escuela sin maestros” la propuesta se convirtió en decreto el 27 de julio de 1936, encabezando su realización Joan Puig Elías, pedagogo anarquista y discípulo de Ferrer i Guardia, en cuyo equipo se encontraba Violeta. Preconizaban la supresión de la educación confesional y se inspiraba en los principios racionalistas del trabajo y la fraternidad humana. Violeta trabajaba en el comité del CENU, en la calle de Pau Claris 90 y su capacidad de trabajo fue reconocida por el propio Puig Elías (*Solidaridad Obrera*, 20 de agosto de 1936).

Luego, ya en el año de 1938, la compañera de Aurelio Fernández se trasladó a un colegio cerca del Palacio de Justicia. En aquellos últimos meses de la guerra, Violeta Fernández se puso a las órdenes de Facundo Oca, quien dirigía



Documentos correspondientes a la comisión dada a Violeta Fernández Saavedra para acudir a encargarse de niños refugiados en Francia.

el Comité de Francia para la Evacuada. Ante los continuos bombardeos de la ciudad, recibió la orden del Ministerio de Educación desde Madrid para marchar a Francia llevando un grupo de 50 niños, hijos de combatientes y huérfanos, con el objetivo de protegerles y alejarles de la guerra...



En los tiempos iniciales del Comité de Milicias Antifascistas, Fernández Sánchez se encuentra con un alud de personas que quieren entrar a España para combatir al fascismo. Él da la orden de cerrar los pasos fronterizos. Su argumento es que no tenían claridad sobre cuántos de los que querían pasar venían realmente a luchar por la República. Como no había escasez de hombres, sino de armas y municiones, se mantuvo muy controlada la frontera. En *El eco de los pasos*, García Oliver detalla las condiciones en las que se tomó estas resoluciones. Había que impedir la entrada de fascistas o quintacolumnistas, pero las restricciones también eran un filtro para evitar la llegada de combatientes afines al partido comunista ante la espiral de conflictos que se iba agudizando en Catalunya, ya que la mayoría de los refuerzos llegados del extranjero se integraron en las célebres Brigadas Internacionales, reclutados por la Tercera Internacional, afín a la Unión Soviética.

Hemos titulado este escrito *Notas sobre nuestro Aurelio* por la simple razón de que no pretendemos profundizar en cada uno de estos intensos episodios que vivió el tío. Ojalá podamos hacerlo más adelante.

Así que, de vuelta al verano de 1936, fue el 2 de septiembre, en una reunión del Comité de Milicias, que Aurelio pasó de ser jefe de la Comisión de Investigación a secretario de la Junta de Seguridad Interior. Una de las primeras acciones fue participar en la organización de la retirada de Mallorca de las tropas con las que Alberto Bayo había intentado el asalto anfibio a la isla de Mallorca, uno de los grandes fracasos del bando republicano. También tuvo la encomienda de requisar las armas que los obreros se habían llevado a sus casas.

ALBERTO BAYO Y MALLORCA

Fue la fracasada invasión de las fuerzas republicanas en Mallorca, tras el éxito inicial en la reconquista de Ibiza, el que desencadenó otros enfrentamientos en el bando republicano. El desembarco de 8,000 soldados y milicianos entre Punta Amer y Porto Cristo la madrugada del 16 de agosto de 1936 tuvo un cierto empuje inicial, pero se estancó en Manacor y terminó en abrupta retirada una vez Mussolini mandó tropas y aviones a la isla en septiembre del mismo año.

Los dirigentes anarquistas habrían sido, en cierta forma, espectadores de aquella aventura militar, no así algunos militantes de la FAI que intervinieron por su cuenta en la operación militar. Aunque participan en la operación elementos anarquistas, como Patricio Navarro (otro miembro de esta familia) fue Alberto Bayo el militar que comandó la reconquista fallida de Mallorca. García Oliver asegura que esta expedición la llevó a cabo Bayo en connivencia con Lluís Companys y Joan Comorera, el dirigente comunista catalán, y que se convirtió en una derrota total por falta de preparación.

Bayo regresa para ser juzgado por el Comité de Milicias. Los dirigentes de Esquerra Republicana de Catalunya y los de POUM proponen fusilarlo, cuenta Manel Aisa, pero los anarquistas se oponen porque, entre otras razones, había compañeros suyos que formaron parte de la expedición. García Oliver, Fernández, Asens y Alcón deciden ser condescendientes con los “aventureros de Mallorca” y evitan castigarlos. El castigo quedó en advertencia y la fracasada invasión propició que los militares italianos controlaran las islas Baleares y desde allí movilizaran sus aviones para bombardear Barcelona.

Pasaron los lustros y Alberto Bayo se convirtió en destacado personaje de la Revolución Cubana al formar militarmente a los guerrilleros encabezados por Fidel Castro, en Chalco, México, al pie de los volcanes, convirtiéndose, luego, en defensor de la estrategia mundial de la guerra de guerrillas. Se dice que el extraordinario general vietnamita Võ Nguyên Giáp, vencedor de tres imperios, era su gran admirador.

El 20 de septiembre de 1936, en una reunión del Comité de Milicias Antifascistas, sin la presencia de los comunistas, que ya buscaban controlar el poder en Cataluña, acuerdan sus integrantes acompañar a los delegados marroquíes a Madrid para convencer al nuevo presidente, Largo Caballero, de aprobar una operación para sublevar el protectorado español del norte de Marruecos con el acuerdo de las cabilas de la región que tenían experiencia en la lucha contra las tropas españolas. Fueron Aurelio Fernández, de la CNT, Jaume Miravittles, de ERC, y Rafael Vidiella, del POUM. a vender la intervención en la retaguardia de Franco. La respuesta fue no. ¿Otro error del bando republicano? Seguramente, sí, porque en el bando fascista no tuvieron duda alguna en comprar los servicios de los mismos *moros* que lucharon contra España años atrás.

Durante esos años, Aurelio, y suponemos que también Violeta, se trasladaron a vivir al número 462 de la calle Montaner. Mi tía me contó un día que ellos y otros muchos compañeros habían ocupado, entiendo que para ser habitada, esta mole de belleza gaudiniana conocida como La Pedrera, lo cual habría sido todo un lujo, solo por el hecho de deambular cotidianamente por ese maravilloso recinto.

EL CASO DE LOS MARISTAS

En su importante texto, Aisa atiende uno de los conflictos más espinosos en los que participó Aurelio Fernández Sánchez: el asunto de los maristas y sus joyas.

Cuenta que el 23 de septiembre de 1936 tuvo lugar una reunión entre maristas y anarcosindicalistas que iniciará un asunto que, con el tiempo, será conocido como “El caso de los maristas”. La intención era que un buen número de hermanos maristas salieran de España por Cataluña y para este propósito los ayudaron sus hermanos franceses. Primero se reunieron con García Oliver, pero este los remitió a Aurelio Fernández, responsable de seguridad del Comité, de las fronteras y de las Patrullas de Control, organización todavía muy embrionaria en ese momento.

La reunión acaeció en el café *Tostadero* de la plaza Universidad de Barcelona y estuvieron presentes un grupo de maristas franceses y el propio Aurelio, acompañado por Antonio Ordaz Lázaro. Allí pactaron con la superioridad de la orden de los maristas en Francia la entrega de 200 mil francos como contrapartida por dejar pasar a Francia a los maristas.

Según las fuentes de Aisa, Aurelio Fernández cobró un primer pago de 100,000 francos con la promesa de que todos los maristas saldrían hacia Francia. En sus memorias, Juan García Oliver habla de este dinero y certifica que Aurelio Fernández lo entregó pocos días después a Josep Tarradellas, conseller primer de la Generalitat de Catalunya y presidente del *Comitè Central de Milícies Anti-feixistes*. Por su cargo, como representante del gobierno catalán, segundo al mando después del presidente Companys, y enlace con el anarcosindicalismo, todo lo recaudado en las requisas de los pisos de quintacolumnistas de la ciudad de Barcelona se le entregaba en persona. Así pues, el destino del dinero pasaba por las manos de Josep Tarradellas.

Tras las averiguaciones posteriores, y siguiendo el resumen de Aisa, se ha sabido que la historia se desarrolló de la siguiente manera: todos los maris-

tas jóvenes, menores de veinte años, cruzaron la frontera por Puigcerdà, sin ningún contratiempo. En total, fueron 117 jóvenes que no estaban reclutados militarmente porque no tenían edad suficiente. El resto de ellos no cruzó la frontera y fueron devueltos a Barcelona donde se les alojó en el buque de vapor Cabo San Agustín, anclado en el puerto, que debía trasladarlos a Francia. Pero el barco permaneció amarrado al puerto durante varios días. La noche del 8 al 9 de octubre de 1936, fueron desembarcados y enviados a la checa San Elías, de donde salieron para ser ejecutados. ¿Quién dio la orden de esas ejecuciones? Nunca se supo ni quedó claro, asegura García Oliver.

El marista Teodoro Barriuso acusa directamente a Fernández Sánchez y Antonio Ordaz como responsables de la represión a su orden religiosa. Aisa contrapone esta acusación con la existencia de un acta manipulada, ya que la firma de Aurelio Fernández corresponde a una fecha en la cual este no ocupaba el cargo que consta en ella. En realidad, se trata de un informe posterior.

Para García Oliver “el asunto de los maristas fue un desdichado episodio de la revolución en Cataluña”. Según su propia versión, estos fueron detenidos e iban a ser fusilados de inmediato por la patrulla revolucionaria, pero en la Generalitat se enteraron y buscaron a Aurelio Fernández. Entonces, surgió la idea de que pagasen una fuerte suma en francos, porque la congregación contaba con grandes sumas en divisas extranjeras. “La intervención de Aurelio fue eficaz”, afirma su compañero de lucha: “Logró impedir el fusilamiento. Llevó a cabo la operación de la multa, cuyo importe entregó al consejero de Hacienda de la Generalitat, José Tarradellas, y dio opción a los maristas para trasladarse a Francia por carretera o por mar. Ellos prefirieron ir por carretera en ómnibus. Ya cerca de la frontera, el ómnibus fue sorprendido por una fuerte patrulla, que se supuso fuese del PSUC o del POUM, aunque lo mismo podía ser de la FAI —nunca se aclaró—, y acto seguido procedieron a fusilar a todos los maristas, al tiempo que decían a sus custodios: ‘Para que aprendáis cómo se hace la revolución’. Entre las fuerzas republicanas se consideró un acto incorrecto y Aurelio Fernández se presentó voluntariamente ante un juez instructor. Pasó un tiempo preso, pero el fiscal debió retirar los cargos por falta de pruebas o por ser improcedente en tiempos de guerra y revolución.

A pesar de esta absolución, el asunto no quedó ahí. El caso de los maristas persiguió a Aurelio Fernández, a García Oliver y a todo el movimiento anar-

quista por el resto de sus vidas y aún más allá de ellas, cuando los maristas emprendieron una campaña, disfrazada de investigación histórica, con la intención de canonizar a aquellos clérigos, tal como lo hicieron otras órdenes, al parecer por instrucciones del Vaticano, para dar un impulso al catolicismo en tiempos de Juan Pablo II, contrarrestando, con historias de martirio y victimización, el avance de otras iglesias cristianas. Algo equivalente se hizo con los fanáticos católicos implicados en el asesinato de Álvaro Obregón, acumulando mártires para su causa, escondiendo su clara intención de matar al presidente de México y encubrir las complicidades de la iglesia en el magnicidio.

Es tal la cantidad de tinta regada sobre este tema que un buen estudio no cabe en un trabajo como este. Recordaré únicamente que mi tío Aurelio me contó su versión del episodio, muy fragmentariamente, conversación de la que extraigo que se trataba desde un principio de un soborno que los maristas le ofrecieron para dejar salir de España a 300 de ellos, a cambio de 600 mil francos en joyas. Le pregunté cuál había sido el destino de los religiosos y lo único que me respondió fue: “La revolución siguió su marcha”.

Un momento fundamental de este episodio histórico es el juicio que le hicieron a Aurelio en Rennes, Francia, ya exiliado en ese país, a petición del gobierno golpista de Franco. Algo diremos más adelante.

Hay mucha, muchísima más información y yo también recopilé alguna. Espero poder reunirla, contarla y, sobre todo, analizarla a casi 90 años de los sucesos.

DEFENSA Y REVOLUCIÓN

El 1 de octubre de 1936 Aurelio Fernández es “ascendido” a secretario de la Junta de Seguridad Interior de la Generalitat de Cataluña, para sustituir un deteriorado Comité de Milicias. Él mismo escribe en *Solidaridad Obrera* un artículo el 25 de octubre de 1936:

Ciudadanos: La Junta de Seguridad Interior de Cataluña, creada por el Consejo de Seguridad Interior, se dirige a vosotros para deciros:

Con el ritmo que las circunstancias imponen, van surgiendo a la vida todos aquellos organismos encargados de dar fisonomía y estabilización a la magna obra de transformación social y económica que ante la admiración del mundo está realizando el pueblo catalán. Entre estos organismos la Junta de Seguridad Interior de Cataluña era una de las necesidades más sentidas en los actuales momentos. Uno de los aspectos más delicados de todo movimiento revolucionario es el mantenimiento del nuevo estado de cosas, surgido de la misma revolución. Problema delicado, vidrioso y susceptible de errores a veces irreparables.

Era una cosa lógica y prevista en los más elementales cálculos revolucionarios que en el momento que el pueblo rompiera los amarres con el pasado se desatarían todas las pasiones y odios acumulados durante tantos siglos de opresión. Es lógico y necesario que así sucediera. El pueblo no podía dedicarse a la reconstrucción de una nueva vida con el corazón lleno de odio. Preciaba de un desahogo. Los que han sufrido las consecuencias no pueden quejarse. No han hecho otra cosa que recoger lo que con tanto afán habían sembrado. Otra consecuencia natural de todo movimiento revolucionario es la formación de grupos de guerrilleros que, desde los primeros momentos y sin más control que su conciencia revolucionaria, se dediquen a desbrozar el camino por donde debe pasar la revolución triunfante y que gracias, precisamente, a estas actuaciones rápidas y contundentes, puede triunfar. La eficacia de toda labor está en la oportunidad con que es ejercida.

Por esto, todo cuanto en los primeros momentos podía ser explicable y justificado puede convertirse en un peligro para la propia revolución en el momento que rebase los límites de su oportunidad. A evitar este peligro viene la Junta de Seguridad Interior de Cataluña que continuará la labor de mantenimiento y estabilización del orden revolucionario de acuerdo con lo que determinen las necesidades de cada momento y siempre equidistante del humanismo y la severidad cuyo resultante no puede ser otro que justicia, justicia y justicia.

Esta junta, con todos los demás organismos revolucionarios que se están creando, está compuesto por representantes de todas las organizaciones políticas y sindicales que componen el frente antifascista de Cataluña. Reúne, pues, todas las garantías para inspirar la máxima confianza del pueblo en el desempeño de la delicada labor que le ha sido encomendada. Más, para que la Junta de Seguridad Interior de Cataluña pueda salir airosa de su cometido, precisa que todas las organizaciones políticas y sindicales representadas directamente en su seno, le presten su apoyo moral, procurando que desde el momento de su constitución nadie, bajo ningún pretexto, intervenga en actuaciones de la exclusiva competencia de esta junta, para el desempeño y solución de las cuales ha sido creada. Las actuaciones aisladas tuvieron {su} momento, que somos los primeros en significar y valorizar en toda su importancia. Pero, ahora, las necesidades exigen una labor de conjunto y responsable, y las competencias podrían ser altamente perjudiciales. De no ser así, nuestra obra fracasaría y el fracaso no sería de la Junta, sino de las organizaciones que, después de crearla, no habrían sabido darle vida. El apoyo que las organizaciones deben prestar a esta Junta de Seguridad Interior, no puede ser una cosa puramente formularia, ni de casa para dentro. Es preciso que el pueblo tenga la sensación de que la Junta está asistida de la máxima autoridad, a fin de que sus indicaciones sean atendidas por todos. No olvidemos 'que a la mujer de César no le basta con ser honrada; tiene que parecerlo'.

Esperamos que todos, pueblo y organizaciones antifascistas, dándose cuenta de la trascendencia de los actuales momentos, nos prestarán su más decidido y desinteresado apoyo para que la revolución pueda seguir su camino triunfante.

Firmado por el Secretario General Aurelio Fernández.

Es obvio que con este texto se establece la aspiración de conseguir el alineamiento de los grupos anarquistas y de otras organizaciones para regular el control social, reconociendo la participación en el proceso de los grupos que habían impedido el golpe fascista en Barcelona, justificando, por un lado, muchas de sus acciones, incluso las mal vistas por moderados y enemigos, pero tratando de convencerlos, por otro lado, de armonizarlas bajo el mando de la Junta.

Manel recupera testimonios de la intensidad de la vida durante esos tres años. Las disputas entre los integrantes de la Junta de Seguridad Interior van creciendo entre los que debían firmar pasaportes, los encargados del control de las patrullas y otras acciones de este talante.

Con el cónsul soviético en Cataluña, Vladímir Antónov-Ovséyenko, era cuestión de tiempo que Fernández Sánchez entrara en conflicto. A regañadientes, el solidario aceptó una reunión con el representante de la URSS, quien le dijo: “¿Por qué no acepta los consejos y la desinteresada ayuda de los técnicos que tenemos en Barcelona?” En sus memorias, Juan García Oliver cuenta que finalmente él estableció una buena relación con el funcionario estalinista. Tal vez por ese tipo de comportamientos, a Antónov lo regresan a Moscú en agosto de 1937 para acusarlo de espía trotskista y fusilarlo el 10 de febrero de 1938.

El 20 de noviembre de 1936 muere Durruti. Mi tío tenía una versión más apegada a la realidad y no la obligada posición propagandística de aquel momento, así que lo contaba sin aspavientos: a Buenaventura Durruti se le había disparado el *naranjero*, un fusil muy usado en el lado republicano, pero muy inestable del gatillo. “Se bajó del auto y se apoyó en él...” Solo viniendo de un experto en el manejo de armas como Aurelio Fernández Sánchez, entrañable compañero de Durruti, puede ser creíble esta versión. Claro que así se la relataron otros compañeros en los que mi tío confiaba; tal vez procedió



Buenaventura Durruti

de un tal Manzana, camarada de Aurelio, quien fungía como conductor del auto en el que viajaba el entonces dirigente de la 26 División del Ejército Popular de la República, más conocida como Columna Durruti. Fue un golpe muy fuerte al proceso de defensa de Madrid, a la causa republicana y a los mismos *Solidarios*.

Varias son las versiones sobre quién debía acompañar el cadáver de Buenaventura Durruti desde Valencia, donde había sido trasladado camino de Barcelona. Su entierro fue apoteósico y su leyenda, ya muy avanzada en su espontáneo proceso de elaboración, se magnificó hasta llegar a nuestros días. Merecidamente, opino. Representa un personaje de valor, comprometido hasta el fin con sus ideas, pero también una época de entrega y heroísmo, surgida de aquel movimiento popular, impulsado por hombres y mujeres de magnífica dignidad, cuya dimensión e intensidad no parece que haya podido imitarse al cabo de muchas décadas.

He contado en otro sitio que un día me planté, solo, frente a la tumba de Durruti. Su morada se encuentra junto a las de Ferrer Guardia y Francisco Ascaso en el cementerio de Montjuic. Antes de llegar a su lugar de reposo, robé —expropié, quise decir— las flores de una tumba próxima que puse sobre la suya, hecha de pórfido negro, y me puse a cantar los *Hijos del Pueblo* con toda la emoción que cargaba en aquel momento.

Los conflictos abiertos en el bando antifascista siguieron creciendo con el paso de los días. Mientras Stalin y sus aliados se empeñan en tomar las riendas, el resto de las fuerzas menguan o se dividen y así llegamos a 1937.



Aurelio Fernández en las oficinas de la Generalitat teniendo atrás las fotos de Durruti y Ascaso.

MAYO DE 37 Y CONSEJERÍA DE SANIDAD

En abril de 1937 el movimiento libertario crea **Solidaridad Internacional Antifascista**. Aun así, la política de buena voluntad para internacionalizar el conflicto y generar apoyos en el exterior no evita el avance de la ríspida confrontación en Cataluña. Así, se agudizan las discrepancias entre los propios anarquistas y entre el movimiento anarcosindicalista y las fuerzas del campo republicano que buscan acabar con su hegemonía.

Ese mes previo a los hechos de mayo, Artemi Aiguader y Rodrigo Salas, aupados por el Partido Socialista Unificado de Cataluña (Versión local del Partido Comunista Español, controlado por Stalin), se salen con la suya y consiguen que Fernández Sánchez deje el cargo en el Comité de Milicias Antifascistas. Seguramente, para compensar el golpe, Tarradellas anuncia que el cenetista será nombrado consejero de Sanidad y Asistencia Social del gobierno catalán. La primera reunión de Fernández es con Federica Montseny, quien ocupaba el cargo de Ministerio de Sanidad en el gobierno central. Ambos deciden atender el creciente problema de los refugiados españoles en Cataluña, una situación de emergencia, forzada por el avance de los nacionales. Tarradellas afirma, en aquel entonces, que los refugiados le cuestan a Cataluña cinco millones de pesetas semanales.

Estos cambios, afirma Manel Aisa, estuvieron directamente relacionados con el estallido de la guerra civil dentro de la guerra civil, también conocido como los *Hechos de Mayo* de 1937. A partir de ese momento, los anarquistas empezarán a desaparecer, poco a poco, de la vida pública y del Gobierno de la Generalitat.

Los desplazamientos de Aurelio de cargos gubernativos son el antecedente de lo que va a suceder. Para Manel Aisa, son Artemi Aiguader, dirigente de Esquerra Republicana de Catalunya y consejero de Seguridad de la Generalitat, y Eusebio Rodríguez Salas, comisario general de Orden Público de la Generalitat y destacado militante del PSUC, los provocadores que orquestrarán el enfrentamiento. En su biografía de Fernández Sánchez, afirma que fue por órdenes de ambos que la Guardia de Asalto entró, fusil en mano, al edificio de

la Telefónica, en Plaza Cataluña, controlada desde el 19 de julio por las centrales sindicales CNT y UGT en el cual, aseguraban funcionarios y opositores al anarquismo, se espiaban las conversaciones telefónicas del gobierno catalán. En un principio, ocuparon solamente el primer piso.

Barricadas y tiroteos se sucedieron durante tres o cuatro días, pero el daño ya estaba hecho. Ante los ojos del mundo, las principales fuerzas del bando republicano en Catalunya se disputaron las calles a balazos entre si. A partir de ese momento el movimiento social y popular que sostenía la causa republicana cae en una pendiente de decadencia continua y acelerada.

Las secuelas de aquella confrontación fueron inmediatas. El 17 de mayo de 1937, Francisco Largo Caballero dimite como presidente del Consejo de Ministros y queda Manuel Azaña como presidente, quien propone como sustituto a Juan Negrín, que se apega más a la línea del PCE y, por lo tanto, a Moscú. A su vez, se desata la represión contra anarquistas y trotskistas, quienes por decenas fueron a dar a las cárceles.

El 15 de agosto de 1937 el ministro de defensa, Indalecio Prieto, crea el Servicio de Investigación Militar, núcleo de la contrainteligencia militar, coordinado con funcionarios soviéticos, mientras crece la represión interna. Dos días después es detenido Aurelio Fernández Sánchez. Al cabo de once días, un 28 de agosto, mi tío es procesado junto con otros compañeros, bajo la acusación de robo e intento de atentado. Aurelio representa la imagen de la FAI en el lado republicano y, en consecuencia, se le ataca por todos lados, aprovechando los comprometidos cargos que ha ocupado en los primeros meses de guerra. Salió de prisión, aunque sin sentencia absolutoria, el 6 de enero de 1938.

Estando detenido, Aurelio escribe el 18 de diciembre de 1937 un memorial de agravios protestando por la persecución que se ha desatado en su contra y que, a su entender, viola las disposiciones jurídicas establecidas. Ya en libertad, retoma el pulso de la organización anarcosindicalista y participa, de nuevo, en la toma de decisiones. En abril de 1938 se crea el comité ejecutivo del movimiento libertario del cual forma parte Aurelio. Según García Oliver, este comité no llegó a tomar ninguna decisión importante. A fines de diciembre de 1938, el asturiano ocupa el cargo de secretario de la Federación local de la CNT en Barcelona.

Poco puede hacerse ya. La guerra se ha decantado en favor de los golpistas, una coalición de militares españoles, formados en esa maquinaria de brutalidad colonial que aprendieron los mandos castrenses en aquel espacio de impunidad sin fin llamado protectorado español de Marruecos. La suerte de los malditos fue contar con el irrestricto apoyo de los gobiernos nazi-fascistas de Alemania e Italia, protegidos por la connivencia de las llamadas democracias occidentales que neutralizaron todo intento de apoyar a la república española.

Desde luego, no todo se explica por la ofensiva de los golpistas de Franco. Un factor crucial de la derrota fue la falta de unidad y de objetivos comunes entre todas las fuerzas político-sociales que sabían, sin duda alguna, del peligro que suponía para todas ellas el avance del autoritarismo fascista. No pasó mucho tiempo para que militantes y adversarios del anarcosindicalismo descubrieran, en carne propia, la oleada de represión que llegó tras la victoria de Franco en 1939, superando todas las suposiciones sobre la crueldad de los vencedores.

Para el movimiento anarquista, no solo de España, sino del mundo entero, esta derrota remató el fin de una ilusión. Nunca más se intentó masivamente la conquista del comunismo libertario, esta arcadía feliz del proletariado; nunca más existió una organización revolucionaria tan potente como lo fue la Federación Anarquista Ibérica y su matriz sindical, la Confederación Nacional del Trabajo.

Para la democracia española, la guerra civil fue un episodio trágico, como pocos de su historia; quizá, de alguna forma, el peor de todos. Aquella derrota tuvo, sin duda alguna, efectos hasta nuestros días y lo más triste es que hoy más de un tercio de la población española se identifica con aquellos golpistas que regaron de sangre el país de sus abuelos.

Y cae en el alma aquella canción de Paco Ibáñez y de Jaime Gil de Biedma que canto, triste, a veces:

De todas las historias de la historia/

La más triste es sin duda la de España...

EN EL LABERINTO FRANCÉS

Cuenta Manel Aisa que el 24 de enero de 1939, después de esperar en vano una propuesta para defender la ciudad de Barcelona, Aurelio Fernández Sánchez emprendió el camino del exilio, junto a Juan García Oliver, su hermana, llamada Mercedes y un hijo de esta. El pequeño grupo cruzó la frontera al amanecer del 27 de enero de 1939 por el paso de La Junquera. Dejan las armas a un lado, les sellan el pasaporte y continúan el viaje. Por el camino se encuentran a Francisco Largo Caballero y Luis Araquistáin.



Campo de concentración de Argelès, Francia hacia 1939. Supongo que se trata de una visita que realizaron las mujeres y los niños a sus familiares allí prisioneros. De pie: Abelardo Fernández Saavedra, Emilio Asensio, Emilín Asensio Fernández, Enriqueta Fernández Saavedra, Fernando Barba, Azucena Fernández Saavedra, probablemente Nieto; sentados Josefina Noia/Navarro Fernández, Antonio Noia, Violeta Noia/Navarro Fernández (en hombros), personaje desconocido, Patricio Navarro.

Luego de encontrarse con Violeta en Colombes, donde ella dirigía un refugio para niños españoles que huyeron de la guerra, se traslada a Rennes para ver a su hija Belarmina, que allí habitaba con su marido, Luis Roca de

Albornoz. Será en esta ciudad donde lo detuvo la policía francesa a petición del gobierno golpista de España.

En *Tras las huellas de una vida generosa*, Manel Aisa estima que el caso de Aurelio Fernández fue el primer intento de extradición del gobierno franquista, cuando aún no terminaba la guerra civil española, ni siquiera había caído Madrid. A pesar de eso, el fascismo intentó lanzar su primera zarpa contra un notorio antifascista, como Aurelio Fernández Sánchez, vulnerable en el exilio francés. Mi padre, Abelardo Fernández Saavedra, me contaba que Aurelio encabezaba la lista de 100 dirigentes del bando republicano que el gobierno de Franco exigía les fueran entregados, si es que el gobierno francés quería sentarse a negociar la neutralidad de España en la conflagración que ya se avecinaba, que de hecho había iniciado el 15 de marzo de ese año con la invasión alemana a Checoslovaquia.

En una entrevista que hizo Juan Sebastián Gatti a Violeta Fernández Saavedra para *La Jornada de Oriente* el 27 de mayo de 2003, ella comenta la difícil situación de aquellos días:

Cuando detienen a Aurelio, escribo a todos los compañeros del Gobierno: a Lluís Companys —presidente de la Generalitat de Catalunya, también en el exilio— y a Tarradellas. A Aurelio le atribuyen un robo de joyas, fijate (levanta las manos sonriente), yo que no traigo ni un anillo, nada. Y les escribo a todos para decirles lo que pasaba: no estoy defendiendo a mi compañero, les dije, estoy defendiendo un antecedente. Y era cierto: poco después hicieron eso a Companys. Cuando detuvieron a Aurelio me fui a hablar con el director de la cárcel, y me dice: Si viene en un tren de Burdeos, lo agarramos y ya lo mandamos para España. Empecé a reclamarle: ¿qué dice usted?, ¿cómo puede ser el director de la cárcel? Y luego pensé: este tipo es un bruto. Salí a buscar el mejor abogado; yo no tenía ni un quinto (ni idea) para salir a buscar al mejor abogado que hubiera en Rennes, que es la capital de la Bretaña, donde lo tenían detenido. Unos amigos me dijeron: vamos a buscar a maitre Bodet. Vamos, le explico el problema y me dice: Ah, pues es posible que se lo vayan a llevar. ¡Oh!, me puse como una moto. Con 26 o 27 años, le digo: maitre Bodet, que eso me lo diga el bestia del director de la cárcel, lo acepto, ¡pero usted! ¡En Francia, el país de los derechos del hombre, de la libertad, de la revolución! Imagínate cómo me habré puesto. Arrete vous madame,

me dijo, ... A ver qué documentos tiene. Pues nada, porque además, para detenerlo, le quitaron todos los documentos oficiales, él había sido consejero de la Generalitat de Catalunya. Entonces recordé que había una revista que publicamos los anarcosindicalistas —En rojo y negro era la revista—, y en la foto principal venían Lluís Companys y, alrededor, todos los consejeros, los socialistas, los anarcosindicalistas y, entre ellos, Aurelio. Esa revista y un documento aceptando la dimisión de Aurelio —porque en mayo de 1937 hubo un movimiento de los comunistas, que no podían ver a los anarquistas y a la CNT. Esos dos documentos y toda la historia, lo que le pude contar, es lo que sirvió de defensa en el proceso. Estaban Susana Levy, una abogada comunista que murió al poco tiempo y el maitre Bodet sacaron un proceso muy bonito, vino el presidente de la liga de los Derechos del Hombre, no me acuerdo del nombre de este señor (probablemente fuera Louis Lecoïn), y Aurelio salió en libertad.

Aisa, confeso admirador de Violeta —que hasta un texto le dedicó— transmite su emoción al leer esta entrevista: “En la voz y en los ojos de Violeta, más que en sus palabras, se puede ver de nuevo el dolor del exilio, y nunca tanto como el del final de este episodio, cuando recuerda con voz quebrada a los compañeros que tuvieron menos suerte”.

Y Violeta continúa contándole a Gatti que, al salir libre Aurelio, “tuvo que ir a recoger un pase, una visa para Estados Unidos, porque veníamos por ahí, bajábamos en Nueva York. Ya para salir, en el puerto, en Saint Nazaire (Francia), encontramos a Companys, y le dice: ‘Nano, no te vayas, entramos por la puerta grande’. Y fíjate, pobrecito, al poco tiempo se lo llevaron, así como me decía el director de la cárcel que se iban a llevar a Aurelio”.

Companys fue detenido por los alemanes cuando invadieron Francia; lo entregaron al gobierno golpista el 27 de agosto de 1940, donde, tras ser torturado, fue sometido a un consejo de guerra en Barcelona. El 15 de agosto de 1940, los militares franquistas lo fusilaron en el foso del castillo de Montjuïc.

Violeta le contó a Gatti que cuando ya iban en el barco, de nombre *Champ-lain*, recibieron un telegrama del maitre Bodet que decía: “Vais en camino de la libertad”.

“Hasta esa atención tuvo”, recalcó su compañera de vida. Con sorna, recuerda Gatti que le reclamó mucho al abogado Bodet, pero ella declara feliz que “eso me sirvió” porque “si no me pongo así, Aurelio no vive”. Y la simple verdad de las cosas es que, sin su necedad, mi tío hubiera terminado como Lluís Companys. Luego de Nueva York, la pareja ocupó tres días en llegar a Nuevo Laredo y, posteriormente, quizá otros tantos para arribar a la Ciudad de México, entonces llamado Distrito Federal.

Sobre el periplo francés de Aurelio cuando salió exiliado luego de la derrota republicana, Aisa repasa el trayecto de Fernández Sánchez. Además de lo dicho más arriba, nos cuenta que fue detenido el 14 de febrero, supuestamente en Rennes. Le abren expediente el 30 de marzo, se le juzga como cuenta Violeta, y logran un veredicto de inocencia y logra su libertad el 22 de abril. Aurelio y Violeta salen de Francia el 15 de mayo de 1939 y llegaron a México el 30 del mismo mes, suponiendo que esto sucedió en la frontera luego de un viaje muy apresurado. Estima que tal vez el JARE (Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles) y el SERE (Servicio Español de Republicanos Exiliados) lo hayan apoyado facilitándole la salida a América.

Juan García Oliver no fue detenido en el exilio francés, aunque fue considerado *persona non grata* y se le invitó a salir del país, lo cual hizo con su compañera Pilar. No dice Aisa por dónde se fue, pero terminó en México también.

Como ya comenté antes, Aurelio y Violeta viajaron en el vapor *Champlain*, fletado por judíos de ese país con la misión de ayudar a sus hermanos que huían de los nazis. El vapor llegó a Nueva York el 28 de mayo de 1939. En su siguiente viaje, el *Champlain* fue atacado por submarinos alemanes. Aunque no se hundió, llegó muy maltrecho a las costas norteamericanas.

EXILIO MEXICANO, REGRESO A FRANCIA Y RETORNO DEFINITIVO A MÉXICO

Al llegar a la capital mexicana, Aurelio y Violeta fueron “reclamados” por su hija Belarmina, que ya vivía, junto con Luis Roca de Albornoz, en la calle de Tonalá en la colonia Roma. Aisa cuenta un episodio que Violeta comentó a un tal Mariano Santamaría en una entrevista que le hizo en Puebla en 2004. Menciona su viaje por tren ya en México y vale la pena colocarlo acá: “Nos metieron en los vagones de tercera, malísimos, con todos los lugareños llenos de bultos y pollos. Me pasé los tres días llorando. En el suelo no tenía ocasión de ver tan siquiera el paisaje, siempre en el suelo de madera dura y apretujados, sin nada para dormir... Así llegamos a la estación de Buenavista del DF”.

Otra referencia de Violeta indica que el primer trabajo que tuvo Aurelio en México fue vender globos en la Alameda Central. Seguramente, Luis Roca, como tantos otros refugiados, encontró trabajo vendiendo seguros de vida, ocupación de la que seguramente fue invitado a participar Aurelio. Así que de mecánico ajustador pasó a vendedor de seguros. Como era un tipo inteligente y trabajador, fue mejorando su condición laboral hasta que le ofrecieron crear y dirigir la empresa Seguros de Puebla, filial de Seguros de México, en la que trabajaba el propio Roca. Obviamente, eso implicó que se trasladaran a la ciudad de Puebla, según se afirma en documento, el año de 1943.

Todavía en la ciudad de México, enseguida encontró Violeta trabajo en el recién constituido Instituto Luis Vives, donde llegaban refugiados españoles a enseñar y encontrar una forma segura de ganarse la vida. Trabajó desde mayo de 1940 hasta finales de 1943, para trasladarse luego a Puebla.

Sendas actas, fechadas el 15 de octubre de 1940, dan fe de que Aurelio Fernández Sánchez y Violeta Fernández Saavedra renuncian a su nacionalidad española y adoptan, por naturalización, la mexicana. No había entonces la posibilidad de tener en México dos nacionalidades.

Sin haberlo hablado con ellos, la renuncia a la patria de origen no tuvo que ver con el desapego de su tierra, sino con la seguridad de que Aurelio podía evitar

el proceso de extradición que los franquistas pretendían. Aurelio Fernández Sánchez jamás regresó a España. Murió un año antes que el dictador y tres antes de que iniciara la llamada “transición democrática”. Violeta sí vivió el final del franquismo y retornó en innumerables ocasiones a España, siempre con una enorme ilusión por ver a sus hermanas y su tierra natal.

Aunque su ocupación en México no se relacionaba con las luchas obreras, Aurelio nunca dejó de actuar en congruencia con sus ideas. En 1942, aparece en su primer acto político en México: reagrupar a cuantos emigrantes pudiera para apoyar al anarquista francés Severin Fernandel. Los días 30, 31 de enero y 1 de febrero de 1942 ayudó a celebrar el Primer Congreso Antifascista de México.

A pesar de que todos los anarcosindicalistas estaban dentro del Movimiento Libertario de México, había dos tendencias: por un lado, los “políticos”, entre los que se encontraban Aurelio Fernández y Juan García Oliver —ambos residentes en México—, por el otro, los “Pielas rojas”. Aurelio es elegido el primer secretario de la CNT en México, y durará en el cargo un año.

En 1944 se crea el primer Gobierno de la República Española en el exilio. Diego Martínez Barrio y José Giral Pereira lo forman y ofrecen dos carteras a la CNT. Los anarcosindicalistas, reunidos en asamblea, proponen a García Oliver y Aurelio Fernández. A la candidatura de Fernández se opondrá terminantemente José Giral y se acuerda sustituir a ambos por Martínez Prieto y José Leiva, quienes habían salido reciente de prisión en España. Las discrepancias entre los mismos anarquistas están presentes en este periodo y así seguirá siendo hasta el fin biológico de todos ellos.

Por aquellos años, Aurelio y Violeta desarrollan una amistad con dos anarquistas catalanes exiliados también en México: Jaime Rosquillas Magrinyà y Adelaida Bou, su compañera. Son ellos los testigos de la boda de los primeros, que se llevó a cabo en Totimehuacán, Puebla, el 2 de junio de 1959, poco antes de regresar a Francia para intentar reorganizar a los anarquistas en la frontera con España.

La vuelta a Europa fue un episodio muy importante tanto para la familia de Puebla como para la que vivía en el Distrito Federal y en Tijuana, aunque su efecto se notó también en las ramas de la familia que se encontraban exiliadas en Francia y aun dentro de España.

Al parecer, fue el año de 1958 cuando Aurelio Fernández Sánchez sufre su primer infarto. Fue un golpe muy serio a su salud, pero no pensó en retirarse de la militancia. Cuando en 1943 se trasladaron a Puebla para dirigir la compañía de seguros, ocuparon un departamento — piso, dicen en España— en el llamado Edificio Magda, 3 Norte, número 5, en el centro de la ciudad. A un departamento contiguo llegaron mis padres y mis hermanas mayores el año de 1950. Violeta pudo convencer a su hermano Abelardo, mi padre, de escapar de las penurias de la posguerra en Francia, que era donde estaban, para venir a México. Su compañera, Isabel, mi madre, aceptó con la idea de que pronto regresarían. *Esperanza inútil/ flor de desconsuelo*, dice el bolero que canta Daniel Santos.



Reunión de la familia ampliada para celebrar la llegada a México de Abelardo Fernández Saavedra, Isabel Fuentes Sánchez, Mirta y Hortensia Fernández Fuentes, celebrada en la Ciudad de México. De los personajes que conozco, de pie con vestido negro Isabel Fuentes, Aurelio Fernández Sánchez, Violeta Fernández Saavedra, Luis Roca de Algornoz, y abajo de él Delarmina Fernández Peláez (Mina), Oceanía Fernández Saavedra, Violeta Noia/Navarro Fernández, Jorge Rosquillas Bou, Adelaida Bou, Oceanía Navarro Fernández, Jaime Rosquillas Magrinyà, y la madre de éste; abajo Abelardo Fernández Saavedra, Mirta Fernández Fuentes, Helenio Noia/Navarro Fernández y Hortensia Fernández Fuentes.



En el zócalo de Puebla (plaza principal de la ciudad) Violeta Fernández Saavedra con Hortensia Fernández Fuentes en las piernas, Abelardo Fernández Saavedra con Mirta Fernández Fuentes en las piernas, Isabel Fuentes Sánchez y Aurelio Fernández Sánchez.



Reunión familiar en la Ciudad de México para celebrar la llegada de Abelardo Fernández, Isabel Fuentes y sus hijas. 1950. En la foto Patricio Navarro Avellán y Patricio Navarro Fernández; de pie Abelardo Fernández Saavedra, Helenio Noia/Navarro Fernández, Aurelio Fernández Sánchez, Josefina Noia/Fernández; sentadas Violeta Fernández Saavedra, Hortensia Fernández Fuentes y Oceanía Fernández Saavedra.



Puebla probablemente en el Paseo Bravo, Hortensia Fernández Fuentes, Aurelio Fernández Fuentes y Aurelio Fernández Sánchez, hacia 1955.



Hacia 1959 en la colonia San Manuel de la ciudad de Puebla, detrás está la casa que compraron Violeta y Aurelio en 1958. En la foto los vecinos Héctor y Jorge Soto Zermeno, Aurelio Fernández Fuentes, María Isabel Fernández Fuentes, Aurelio Fernández Sánchez y Mirta Fernández Fuentes.

La madre de Violeta, otras cinco hermanas y mi padre llegaron a México por ahí de 1954, se me antoja suponer. Yo la tuve a mi lado hasta que se marcharon a Francia ella, Violeta y Aurelio. La *Yaya* le decíamos; aunque era sevillana, le gustó la manera en que los catalanes llaman a sus abuelas; *iaia*. Nos adorábamos, la verdad. Fue una mujer extraordinaria, sin cuya intervención no hubieran sido posibles las aportaciones de su padre, Abelardo Saavedra Toro. Ejemplo del temple de su hija fue que cuando su padre, “extranjero pernicioso”, fue expulsado de Cuba en 1912 por su participación en los movimientos proletarios de la isla, ella se hizo cargo de la realización de un congreso nacional que propuso crear la Central de Trabajadores de Cuba.



En algún restaurante de la ciudad de Puebla hacia 1956. De pie Juan Robledo, Juanito Robledo y Patricio Navarro Avellá; sentados Juan García Oliver, Aurelio Fernández Sánchez, Violeta Fernández Saavedra y Abelardo Fernández Saavedra. De espaldas, sin duda, José Iborra el mítico portero del Barcelona que se refugió en México.

Una mañana de la segunda mitad de 1959 acompañamos a los tres viajeros al aeropuerto de la ciudad de México para abordar un DC3 de Air France que, con las escalas de aquellos tiempos, llegó a París un día después. Nos despedimos para siempre de la Yaya, porque falleció en 1966, pero no así de Violeta y Aurelio, quienes regresaron a México en octubre de 1968.

La pareja terminó instalándose en la ciudad de Toulouse, en la calle de Rue Gambetta número 9, mientras la Yaya, Enriqueta Saavedra Borrego, se repararía entre las casas de sus cuatro hijas que no vinieron a México y se ubicaron dos en Francia y dos en España.

En Francia, Aurelio participó en el congreso de Limoges que tuvo lugar el 23 de agosto de 1960. Limaron asperezas entre CNT y la AIT, formando una organización que llamaron Defensa Interior, con compañeros como Cipriano Mera y Antonio Ortiz. Aurelio asistió como delegado del grupo de Perpiñán.

Del 31 de julio al 10 de agosto de 1965, se llevó a cabo otro congreso, esta vez en Montpellier, donde acudió Aurelio como delegado de Toulouse, al lado de Luis Sos, Ángel Fernández, Marcelino Boticario y José Borrás. Se dijo que fue el último congreso donde participaron destacados dirigentes históricos del

anarcosindicalismo. A partir de esta fecha, se abrirían paso nuevas generaciones. Pero también fue en este congreso donde se acentuaría la división del exilio anarquista. La razón principal de la discrepancia era el abordaje de la lucha en España, asunto que se dividió entre aquellos que trabajaban en el interior del país, más directos en su forma de actuar, y los que no aceptaban ninguna medida para promover la organización del anarcosindicalismo en la península. Se dice que ambos grupos dieron un espectáculo lamentable.

En agosto de 1968, Aurelio y Violeta fueron testigos de la boda de José Peirats y su compañera García Ventura, después de 13 años de convivencia sin papeles. Fue un mes antes de su regreso a México.

No recuerdo con exactitud si fue el 1 o el 3 de octubre de 1968 cuando volvimos al aeropuerto internacional Benito Juárez del Distrito Federal para recibir a los titos, quienes viajaron en un jet, ya no un bimotor, que hacía escala en Montreal. El 2 de octubre se llevó a cabo la llamada matanza de Tlatelolco, con la cual el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz frenó en seco el movimiento estudiantil con el propósito de asegurar, a cualquier costo, la realización de los Juegos Olímpicos de ese año.

Aurelio y Violeta regresaban de despedirse del movimiento anarquista español para presenciar el cambio histórico de un país que ya era suyo, cambio forjado por un movimiento caracterizado por la creatividad, la alegría y la firme protesta de los jóvenes estudiantes. Un verdadero parteaguas que dio un tremendo impulso a la politización y participación de los jóvenes, gracias al movimiento estudiantil de aquel año.

Muy pronto encontraron un piso para vivir, mientras que en la empresa de seguros de su yerno, Luis Roca de Albornoz, le ofrecieron a mi tío un empleo en una de sus oficinas, localizada en la calle de Florencia, número 33, de la colonia Juárez, más conocida como la Zona Rosa. Trabajó allí hasta el viernes 19 de julio de 1974.

La relación más frecuente de ellos fue con la familia de su hija Belarmina, o Mina, como le decíamos todos, la que procreó con Luís un hijo del mismo nombre y una hija llamada Marisol que les dieron un total de cuatro nietos. Vivían en la misma ciudad y en la oficina Aurelio trabajaba con los dos Luises. Pero quiero,

o deseo, creer que la relación emocional más intensa fue con la familia de Puebla. Entre otras cosas, porque con nosotros encontraban ambos las discusiones y las reflexiones más de coincidentes con sus convicciones. Sus visitas a Puebla eran frecuentes y muchas vacaciones las pasaban con nosotros.

Recordábamos juntos los viajes al puerto de Veracruz antes de que se fueran a Francia, cuando nos amontonábamos en un vehículo de marca Hillman Minx, tan grande como lo es hoy un Jetta, en el cual, por obra de milagrería, nos metíamos diez personas para hacer el recorrido de más de cinco horas, cuando ni autopistas había y debíamos ir por unas curvas muy célebres, las de Acultzingo, donde varias veces había que entrar en sentido contrario cuando venía un camión de frente. Veracruz fue, siempre y ante todo, nuestro destino favorito para vacacionar.

En 1971 yo me fui a trabajar en un banco y a estudiar Economía en la UNAM. Pude hacerlo porque mis tíos me ofrecieron alojamiento en un huevito de



Abril de 1972, como indica la misma foto. Avenida Villalongin, Colonia Cuauhtémoc, Distrito Federal. Aurelio Fernández Sánchez y Aurelio Fernández Fuentes.

departamento que tenía poco más de 70 metros cuadrados, una sola habitación y, obviamente, un baño para todos. Mi tía vestía mi lecho cada noche con un sofá cama que abría para ello.

Con ellos viví los episodios más importantes de mi vida y tengo la seguridad de que mis tíos, especialmente Aurelio, compartieron conmigo las acciones políticas de aquellos años tan intensos para mí, sobre todo, la represión de los Halcones del 10 de junio de 1971, pero también el esfuerzo que hicimos por transformar la educación y darle continuidad a la organización estudiantil, heredera del movimiento del 68.

Gracias a las charlas con mi tío, me acerqué tanto a su pensamiento como a sus historias de vida, que pasaron por una total identificación con el movimiento anarquista y social de España y Europa, que fue parte total de sus vivencias y de los hechos trascendentes en los que participó. Recuerdo aún con precisión muchas de las cosas que me dijo en aquellas caminatas de sábados o domingos y los maravillosos viajes que hicimos, casi siempre del Distrito Federal a Puebla y viceversa, durante muchos fines de semana. Algunos de ellos los conté a lo largo de este texto, pero en serio digo que deseo hacer un trabajo más sosegado, con mayor tiempo para poner en papel todos mis recuerdos con él, contrastados y complementados por lo que pueda averiguar a futuro.

Aurelio Fernández Sánchez falleció el domingo 21 de julio de 1974 en el Distrito Federal, capital de la república mexicana. Según la partida de nacimiento que mencioné al comienzo de este texto, tenía el día de su muerte 76 años. Le quedaban poco más de ocho semanas para cumplir 77. Francisco Franco Bahamonde, el militar golpista que quiso extraditarlo y fusilarlo en 1939, dejó de respirar el 20 de noviembre de 1977 en una cama del Hospital de la Paz en Madrid. Debió haber muerto el primero en España y el segundo en el exilio, cuando menos, pero la historia de España es cruel y los finales felices no aplican para los perdedores de la Guerra Civil. De nuevo, ni modo, pero me siento en el deber de contar la historia de mi tío, el hombre que Franco no pudo matar. Y este es mi primer avance.

21 DE JULIO DE 1974

El domingo siguiente de su última jornada de trabajo, que fue el día 21 de julio, hablé por teléfono a la casa de Luis y Maricarmen a ver si mis tíos ratificaban su invitación a desayunar con ellos, como habíamos quedado. Me contestó una mujer que estaba ese día y me dijo que se habían tenido que ir al hospital porque mi tío se había sentido mal. Le pregunté si al Hospital Español y debe haberme dicho que sí porque a él me dirigí rápidamente con mi Renault 4L.

Encontré a mi tía Violeta en la sala de espera, muy ansiosa; al tío le había dado un infarto y estaba en la unidad de terapia intensiva. Era el segundo, pero el otro le había ocurrido 16 años antes, en Puebla.

La tía Violeta, al recibirme con un fuerte y prolongado abrazo, me dijo que el pronóstico de la salud de su compañero era reservado y que debíamos esperar el parte médico. Desayunamos y mientras lo hacíamos, la tita empezó a hablar sin detenerse, contándome cosas con cierto orden cronológico, unas que ya había escuchado y otras que constituían el complemento de muchas historias que el tío Aurelio me había contado durante los casi cuatro años que vivimos juntos en la Ciudad de México; yo empecé a empalmar las crónicas de Aurelio con los complementos de Violeta, entendiendo al fin qué había ocurrido con el asunto del cardenal Soldevila, con la persecución de Martínez Anido, con el triunfo del 19 de julio de 1936 en las calles del Barcelona, con los maristas... En una actitud como de estar poseída, Violeta Fernández no se detenía y yo procuraba que no lo hiciera, más bien al contrario, que siguiera hablando sin parar, porque encontré inesperadamente en ella un libro abierto y respuestas a muchas de las preguntas que el tío no me había querido contestar; cuando le pedía que me completara cada una de aquellas historias, él me toreaba con eso de “la revolución siguió su marcha”.

“Esposa del señor Aurelio Fernández”, se escucha por el altavoz del hospital, “favor de presentarse...” Aurelio Fernández Sánchez no soportó el nuevo infarto masivo al miocardio y murió ese 21 de julio de 1974. Tenía 76 años, estaba a dos meses de cumplir 77.

21 de julio, la misma fecha en que, 38 años atrás, Lluís Companys les había ofrecido a él y a sus compañeros de *Nosotros/Los Solidarios* todo el poder en Barcelona.

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

Aisa Pàmplons, Manel (2017) *Tras las huellas de una vida generosa. Aurelio Fernández y Los Solidarios*. Asociación Cultural El Raval “El Lokal”. Barcelona.

Aisa Pàmplons, Manel. *Violeta Fernández Saavedra (1913-2005)* – Barcelona – Libros Aisa. <http://manelaisa.com>

García Oliver, Juan (1978) *El eco de los pasos. El anarcosindicalismo en la calle, en el Comité de Milicias, en el gobierno, en el exilio*. Ed. Ruedo Ibérico, París.

Paz, Abel (1996) *Durruti en la revolución española*, introducción de José Luis Gutiérrez Molina. Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo. Madrid.

Portal Libre Pensamiento. *Papeles de Reflexión y Debate*. Revista de la Confederación General del Trabajo. <https://librepensamiento.org>

Romero, Luis (1967) *Tres días de julio*. Ediciones Ariel. Barcelona.

Semprún Maura, Carlos (1975) *Revolució y contrarevolució a Catalunya (1936-1937)*. Dopesa. Barcelona.

Taibo II, Paco Ignacio (1998) *Arcángeles; Doce historias de revolucionarios herejes del siglo XX*. Planeta. México.

Taibo II, Paco Ignacio (2016) *Que se hagan fuego las estrellas; Barcelona (1917-1923)*. Editorial Crítica. México.

